





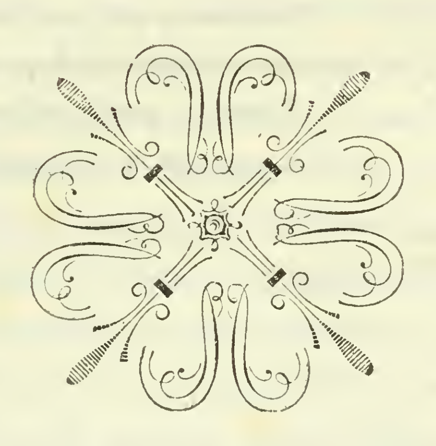

EL PRINCIPE D. CARLOS
Leyenda histórica.

EL PRINCIPE DON CARLOS.

LEYENDA HISTÓRICA EN VERSO.

POR

Don J. F. Diaz.



CORDOBA.

Est. tip. de Don Fausto Garcia Tena,
calle de la Libreria número 2.

1852.

CUATRO PALABRAS AL LECTOR.



En esta leyenda ó novela, segun tu quieras llamarla, lector benévolo, ha sido mi ánimo únicamente, trazar algunos cuadros en que apareciesen personajes de tan difícil bosquejo como los que aqui presento. Héme guiado para ello por los datos mas acreditados.

Los novelistas y poetas de todos tiempos han esplotado á su antojo esta mina riquisima é inagotable. Todos han presentado al Principe D. Carlos y á Doña Isabel de Valois como victimas; y á Felipe II como verdugo: todos han calificado la politica de éste de tenebrosa, y sus actos de sanguinarios; y hasta ha habido alguno que lo presente como un anciano sin energía al realizar sus bodas con la Princesa Isabel. Respetando, como respeto, la opinion de quien sabe mas que yo, me dirijo no obstante por mis observaciones propias, por lo que la razon me dicta. Creo, pues, por lo tanto, que para juzgar la política de Felipe II era necesario haber vivido en su tiempo: haber estudiado las circunstancias que le obligaron á desplegarla: y para calificar sus actos, fuerza seria tambien haber conocido todas las causas que los produjeran; pues cualquiera calificacion que no tenga por base ese estudio

y ese conocimiento, será por demás aventurada. Tan parcial es á nuestro juicio la opinion de los que en su época casi divinizaron á aquel Monarca, como la de los que posteriormente le han presentado como un tirano, desnudo de todo sentimiento de humanidad.

Uno de los actos que mas se han censurado en Felipe II y que con mas negros colores se ha presentado; el acontecimiento que mas oscuro aparece, es sin disputa el que sirve de asunto á este pequeño trabajo. Pero á riesgo de herir algunos ánimos preocupados, me atreveré á preguntar ¿Estaba D. Carlos tan inocente de los dos crímenes que se le imputaban? Pregunta es esta á que se verian embarazados para contestar los mas ciegos panejiristas de aquel infortunado Príncipe. Ni D. Carlos fué tan inocente, ni Felipe II tan criminal como algunos suponen. Para juzgar al primero basta tener un corazon jóven y apasionado: para calificar los actos del segundo es necesario algo mas; es preciso como he dicho antes un conocimiento exacto de los motivos que aquellos producian.

Sin erigirme por lo tanto en ciego panejirista del Monarca español, le concedo las cualidades de gran político y de hombre de talento y de energia. En D. Carlos he considerado siempre un jóven imprudente, voluntarioso y arrebatado: y sin disculpar enteramente su muerte (aun dado caso que estuviera fuera de duda el modo con que

se le dió) por que esto seria un rasgo de crueldad si quier se atiende á que su mismo padre era su juez, creo que seguida su causa por hombres desnudos de toda pasion, el resultado hubiera sido el mismo. Que las circunstancias que á aquel hecho acompañaron fueron terribles, lo confieso: pero nunca podré darles las odiosas calificaciones que por otros se prodigan: las miraré siempre como una consecuencia del fanatismo de aquella época, ó como un resultado inevitable de la desarreglada conducta de D. Carlos. Ni el siglo diez y nueve es el de Felipe II, ni los hombres de hoy pueden juzgar desapasionadamente á los de entonces; lo que hoy se califica de asesinato, tal vez en aquel siglo se juzgaria como un sublime sacrificio.

Antes de concluir no puedo menos de rectificar una asercion que corre generalmente muy admitida. Para disculpar sin duda los amores de D. Carlos, muchos han presentado á Felipe II como un anciano poco menos que decrépito. Cuando Felipe se casó la Princesa Isabel contaba solos 33 años: edad por cierto no muy avanzada, ó la del vigor y la de la razon, quiere considerarse yá como la edad de la decrepitud. ¡A tanto arrastran la obcecacion y el espíritu de partido.



EL PRINCIPE D. CARLOS.

Leyenda histórica.

CAPITULO I.

París.

La noche está ya mediada:
yace entre nubes la Luna,
que mil fantásticas sombras
en el espacio dibujan.
Brama el aquilon soberbio,
y en su carrera derrumba
de flores débiles tallos,
de encinas ramas vetustas.
Remeda, al lamer del suelo
la superficie fecunda,
ora el quejido del hombre,
ora del tigre la furia.
Las copas de erguidos árboles,
en fiera y continua lucha
á impulsos del vendabal
sus ramas pobladas cruzan.
Horrible es aquel estrépito;
horribles los vientos zumban,

y el crujir de troncos rotos,
y el caer de inmensa lluvia,
que de cercano torrente
el agua espumosa enturbia,
parece que ya del Orbe
la hora postrimera anuncian.
En medio esa destruccion,
que males sin cuento augura,
revueltos en sendas capas,
en las que su rostro ocultan:
alto sombrero en las sienes
sin mas adorno ni plumas:
botas y espuelas calzadas:
pendiente de la cintura
el ancho y brillante estoque,
ligeros dos hombres cruzan.
Ni una palabra sus labios
en la soledad pronuncian,
que está mediada la noche,
y los instantes apuran.
Llegan de gótica reja
cabe la sombra confusa;
óyense dar tres palmadas
que el recio huracan sepulta;
y despues, de una ventana
el leve crujir se escucha.

Envuelta en rico brocado,
brillante como ninguna:
flotando sobre sus hombros
cabellos mil, que perfuman
el viento que los azota
en noche tan fiera y cruda,
retrátase en el cancel
de un querubin la figura.
Esta es de Enrique de Francia
la régia morada augusta,
y la Princesa Isabel
esa brillante hermosura.
Quince años há no cabales,
y en el porvenir, confusa
su vista, penas sin cuento
mira al través de la púrpura.
Loca de amores se halla,
que mal de su grado turba
de airoso doncel la imagen
sus diversiones mas puras.
Depuesta la régia pompa,
que es á su pecho importuna,
en la protectora noche
consuelo á sus penas busca.
Al pié viene de sus rejas
el paladin de fortuna,

que osó la altiva mirada
llevar á tamaña altura.
Aqui la dice sus penas,
y ella complacida escucha,
que el rigor de su destino
es fuerza al fin que se cumpla.
Ignora si de su amante
es generosa la cuna,
pues solo de su pasion
oyó la voz que la impulsa.
El plazo esta noche espira,
que á su continuada lucha
ha de dar fin, y los vientos
aquel corazon asustan.
Al divisar los que aguardan
sufriendo la fuerte lluvia,
Doña Isabel de Valois
tales palabras pronuncia.

—

«Caballero, el que los aires
«con cántigas de amor turba,
«terminen ya los misterios,
«que ofenden esta clausura.
«¿Sabeis que el Rey D. Enrique
«me honra por hija suya?....
«Si para tan alta empresa

«los méritos os ayudan,
«presentaos en la Córte,
«haced vuestra pasion pública;
«pero si no, retiraos,
«y no turbeis mi ventura.»

—

Calló la Dama: el doncel,
con voz varonil que ofusca
el rebramar de los vientos
y de los truenos la furia,
así la dice: «Señora,
«la reina de estos vergeles,
«mas bella que los joyeles,
«que vuestra frente atesora:
«Grande soy, grande nací;
«y en mi soberbia ambicion,
«juzgué vuestro corazon
»noble empresa para mi.
«Desde que os ví os adoré;
«fuí donde quiera que fuisteis,
«y cuando mi fé admitisteis,
«mi ventura celebré.
«Para tan osada empresa
«valor tengo que me abona,
«y el brillo de una corona
«no me acobarda, Princesa.

«Amadme, Señora, asi
«como yo os adoro á vos;
«dejad al tiempo por Dios,
«que él os hablará por mi.
—«No os entiendo.
—Ni os importe,
»pues que tan firme me veis;
«mas que diga, no espereis,
«mi puro amor en la corte.
—«Misterio grande se encierra
«en lo que diciendo estais.
—«Señora, en vano os cansais.
—«¿Mas quien sois: cual vuestra tierra?..
—«Mi cuna, brillante sol
«iluminó con su brillo,
«y un poderoso caudillo
«me dió el ser.
—¿Sois español?....
—«Mi Patria es hoy un secreto.
—«Mirad que tal vez lo errais
«si tal misterio guardais.
—«Descubrirosle prometo.
—«Mirad que ofrecida estoy
«al Principe de Castilla,
«y una ilusion, que me humilla,
«tras de vos siguiendo voy.

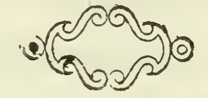
«Vuestras palabras oí,
«de vuestro amor me pagué.....
—«¿Y os pesa? decid.
—No á fé;
«mas temo por vos, por mi.
«Desde que en la Corte os veis,
«todo es misterios, Don Juan;
«este es el nombre que os dan,
«y temo que me engañeis.
—«Señora, en vano insistis.
—«Tan poco os merezco yo?....
«¿tan poco mi amor?.....
—«¡Ah, no!.....
«¿mas si imposibles pedis?.....
«Miro yo como un deber
«tranquilizar vuestra pena,
«pero mi honor me condena
«á amaros y á enmudecer.
«Vuestro amor es mi ecsistencia.
—«Muy mal, Don Juan, le pagais,
«cuando asi me atormentais
«con vuestra cruel resistencia.
—«Solo á este precio, Señora,
«mi patria y deudos dejé,
«y quebrantára mi fé
«si quien soy dijese ahora»

Aqui llegaba la plática,
cuando una antorcha dibuja
con su luz, al otro estremo
del jardin, sombras confusas.
Un hombre con lento paso,
á otros dos hombres alumbra;
y al divisarlos, la dama
cierra de golpe, y se oculta.

—

«Fatál estoy esta noche,
«Marqués, en mis aventuras.
—«Leve contratiempo es este.
—«No sé que al alma le asusta,
«Marqués, que temo perder
«tanta gloria.
—Es importuna
«esa prevencion. ¿No ha tiempo
«que el Rey mi Señor ajusta
«vuestras bodas?....
—Es verdad;
«mas el corazon aun duda,
«y es profeta el corazon
«cuando desgracias anuncia.
—«Huyamos de aqui, Señor,
«por que su marcha apresuran
«los que vienen» —Y alejandose

del jardin por la espesura,
con sus bramidos el viento
los ecos sordos ofusca.
La ronda que los jardines
en mudo silencio cruza,
llega al sitio en que há un instante
de amor resonaban súplicas.
Por grados van ya perdiendose
sus pasos entre las murtas.
Un rayo las nubes rasga:
un trueno horrible retumba:
despues en letal silencio
todo el jardín se sepulta.





CAPITULO II.

Bruselas.

El año marcha á su término;
cubre el campo de despojos,
con su fuerza inevitable,
la mano del triste Otoño.
Los árboles ya desnudos
de su ramage pomposo,
presentan al que los mira
su duro y áspero tronco.
Yermos los campos se encuentran;
seco y agostado el soto;
sin su verdor los jardines,
y abundantes los arroyos.
El tiempo marcha invariable,
y tras el ardiente Agosto,
su desnudéz el invierno
descubre ya á nuestros ojos.
Tal es la vida: fragante
como el Abril oloroso,
nuestra juventud se pierde
entre ilusiones de oro.
Risueño es el porvenir,
y en nuestro delirio loco,
gozamos la edad presente,

gozamos su brillo todo.
Llega empero la vejez,
y al despojar nuestro tronco,
miramos con estupor
el fin inmutable y próximo:
que van cayendo á compas
tantos mentidos adornos,
como de esta triste vida
cubrieron el falso rostro.
Y cuando llega el invierno;
cuando menguado despojo
fueron nuestras ilusiones
de ese tirano imperioso,
miramos de la verdad
desnudo el semblante torvo.
Ante la nada temblamos:
ese *mas allá* dudoso,
el alma toda conmueve
con indefinible asombro.
¡Ay mas allá de la vida!..
¡Quien fuera tan poderoso,
que de esa *nada insondable*
surcara el profundo golfo,
y sorprendiendo el vacio,
que guarda el semblante lóbrego
de la muerte, *el mas allá*

viera con sereno rostro!
¡Ah! ¿Qué es el hombre?. Sus cálculos
ante insuperable escollo
van à estrellarse, y *la nada*
sepulta al fin sus tesoros.
Orgullo, ambicion, riquezas,
nada sois; un leve soplo
con la vil tierra os iguala,
y os torna en menudo polvo.

—

Pero dejemos al tiempo
correr su camino pronto,
y de ese Alcazar soberbio,
salvando los muros toscos,
penetremos de una estancia
en el recinto espacioso.
Ricos brocados la adornan,
y en sus artesones góticos,
se ven brillar en relieve
dibujos de plata y oro.
Oscura la estancia se halla,
pues de una lámpara, solo
la debil luz se desprende,
vibrando del aire al soplo.
Mil caprichosas figuras,
de peregrinos contornos,

en la pared se dibujan,
con sus rayos vagarosos.
Vense tapices de Persia,
presentes de reyes moros,
mezclados con los sitiales
de respaldar ancho y cómodo.
Sobre una mesa, que ostenta
de España el blason heróico,
dos luces mas sus reflejos
esparcen leves en torno.
Sentados se hallan allí,
guardando silencio torvo,
tres hombres, cuyas figuras
forman contraste curioso.
De negro vestido el uno;
de pálido y seco rostro;
de barba escasa y rizada;
cabello entrecano y corto,
aunque se halla de la edad
en el brillante periódo;
sobre su pecho ostentando
del Toison el rico adorno;
en la cintura el rosario;
su mirar ardiente y pronto;
en su apostura contrito,
y en la apariencia devoto,

que el Rey Felipe segundo
es aquel, conocen todos.
Brillante y rica armadura
desde los pies á los hombros;
larga tizona en el cinto
luce vencedor el otro.
Mas edad que el Rey de España
descubre al punto su rostro,
que en él se marcan las huellas
del tiempo cruel, imperioso.
Este es el gran Duque de Alba,
de Flandes terror y asombro.
Costosas galas vistiendo,
cubierto de mil adornos,
es Don Ruy Gomez de Silva,
Príncipe de Eboli, el otro.
Hay quien dice, que olvidando
la escelsitud de su Trono,
por la Princesa, Felipe
se encuentra de amores loco;
y añaden que la privanza
que el Rey concede á su esposo
Ruy Gomez, en este amor
tiene el principal apoyo.
Pero son dichos que esparcen
de su privanza envidiosos.

Con estos hombres el Rey
consulta graves negocios,
y tal vez de este momento
resulten fieros trastornos.
Grave el asunto parece:
triste el Rey y silencioso,
sobre la siniestra mano
descansa el enjuto rostro.
El de Alba observa á su dueño,
y en su ademan melancólico,
pretende leer el secreto
que encierra de su alma el fondo.
Ruy Gomez de Silva humilde
espera el acento solo,
que ha de dar á su razon
rumbo en tan incierto golfo.
En vano son sus deseos;
todos sus cálculos, locos,
que de aquella alma de mármol,
no hay un destello en los ojos.
Lanzando vaga mirada
de aquel aposento en torno,
el Rey á sus consejeros
dice con acento bronco:

REY.

«¿Pensais que asi de la España

«se asegurará el reposo?

ALBA.

«Tal es, Señor, mi opinion;
«con mi cabeza respondo.
«Ardiendo en Flandes la guerra
«que atiza el Inglés, apoyo
«debemos buscar en Francia,
«que corte mal tan dañoso.
«Los Principes de Alemania
«siguen al de Orange, y pronto
«si no se acude, á sus armas
«sucumbirá el reyno todo.
«Metido aqui nuestro egército,
«sin amigos, sin socorros,
«si queda Francia á la espalda
«con un carácter dudoso,
«Flandes se hallará á merced
«de esos principes indómitos.

REY.

«¿Y mi palabra empeñada?

DUQUE.

«El reyno es antes que todo.

REY.

«¿Y vos qué decis, Ruy Gomez?..
«Quiero escuchar vuestro voto,
«que es delicado el asunto,

«para resolver de pronto.
«¿Sabeis que mi hijo Don Carlos
«es el prometido esposo
«de Doña Isabel?

EBOLI.

Lo sé.

REY.

«¿Y no estrañarán si rompo
«la palabra que les dí?
Y con mirar imperioso
clavó sus ojos el Rey
en Ruy Gomez: pero docto
en este juego el de Silva,
le contestó:

EBOLI.

«¿Y si respondo,
«Señor, con la libertad
«que cumple á vuestro decoro,
«podré esperar?..

REY.

Eso quiero;
«franqueza y lealtad tan solo.

EBOLI.

«Pues, Señor; hay una ley
«que deben guardar los Tronos,
«si han de llamarse del pueblo

«fundadamente el apoyo.
«La salud del reyno; ante ella
«no hay sacrificio costoso.

REY.

«Solo el bien de mis vasallos,
«el evitarles trastornos,
«puede lanzarme otra vez
«del mundo al revuelto golfo.
«¿Mas cual será de mi hijo
«el pesar, si hago ilusorios
«su porvenir, su esperanza,
«el bien qué miró tan prócsimo?.

EBOLI.

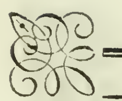
«Señor, es joven, y el tiempo
«otros pesares mas hondos
«con su poderosa mano
«destruye al fin.

REY.

¿Y si loco
«por su despecho impelido
«le presta al rebelde apoyo?

DUQUE.

«Decis bien, que su presencia
«reclaman, y puede el foco
«de la rebelion hacerse
«mas temible y poderoso.



EBOLI.

«¡Vano temor!..

DUQUE.

¡Plegue al Cielo!
«Mas si es el temor oprobio,
«confiar cuando se juega
«quizás del reyno el reposo,
«es crimen que no hay castigo
«bastante para él. Yo invoco,
«Señor, antiguos sucesos,
«pasados ante nosotros.
«El carácter de Don Carlos,
«su genio díscolo y pronto,
«sus estudios, sus amigos,
«en todo, Señor, recojo
«datos para el porvenir,
«que ven sangriento mis ojos.
«Don Juan de Austria, en su delirio,
«quiere levantarse un Trono,
«y el poder que hoy le otorgais
«es á su ambicion ya corto.
«En su impaciencia, Farnesio,
«con un corazon visoño,
«anhela de las batallas
«pisar el sangriento polvo.
«Todos son males, Señor:

«obstáculos son ya todos;
«y si D. Carlos casára
«con Doña Isabel, su arrojo
«cobrára nuevos impulsos,
«de Francia con el apoyo.
«De tardo acusára al tiempo:
«viera en su Padre un estorbo.
«Entonces rasgado el velo
«que encubre su plan diabólico,
«la sangre vertida en Flandes
«diera fruto vergonzoso:
«la Religion se hollaria,
«y con general asombro,
«las máximas de Lutero...

REY.

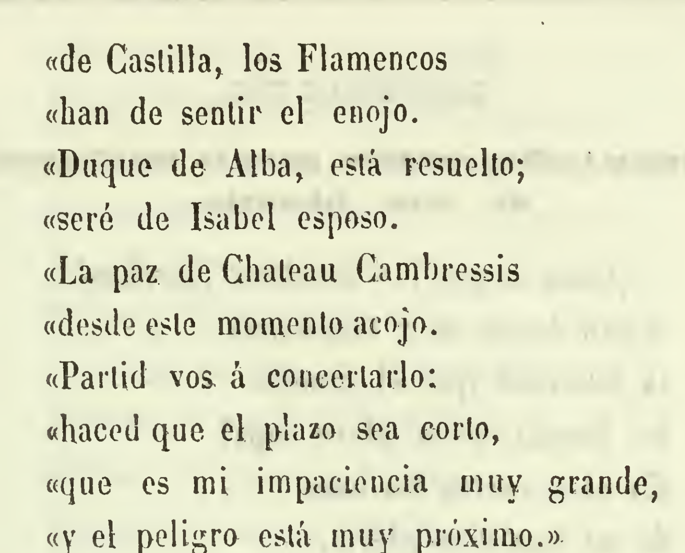
«Callad, callad, me sonrojo.

DUQUE.

«Esta es la verdad, Señor.

REY.

«¡Bien, por mi mal, lo conozco!
«Mas no han de decir de mí,
«que de mi nombre en desdoro,
«fomenté la irreligion
«en mis dominios remotos.
«Mi brazo alcanza hasta allí;
«y de mis tercios heróicos



«de Castilla, los Flamencos
«han de sentir el enojo.
«Duque de Alba, está resuelto;
«seré de Isabel esposo.
«La paz de Chateau Cambressis
«desde este momento acojo.
«Partid vos á concertarlo:
«haced que el plazo sea corto,
«que es mi impaciencia muy grande,
«y el peligro está muy próximo.»
Esto dijo, y levantándose
con gravedad y aplomo,
dejó á sus dos Consejeros
mudos de placer y gozo.
—«Ya es nuestro, dijo el de Silva.
—«Mirad que el tiempo es precioso:
«marchemos:» dijo el de Alba,
y apoyándose en el hombro
de Ruy Gomez, de la estancia
salieron en gran coloquio.



CAPITULO III.

Relacion indispensable para la inteligencia de esta historia.

¡Cuán ciegos los hombres marchan!..
¡Cuán breve es y transitoria
la felicidad que el mundo
les brinda en su aleve copa!
En alas corren los unos
de su fantástica gloria,
y juzgan que á su capricho
no hay altivéz que se oponga.
Virtudes, honor, palabras,
son para ellos vana fórmula,
si dándolas al olvido
sus planes inicuos logran.
Otros, siguiendo el impulso
de sus pasiones indómitas,
incautos se precipitan,
con sus ilusiones gozan,
sin oir de la verdad
la voz grave y protectora.

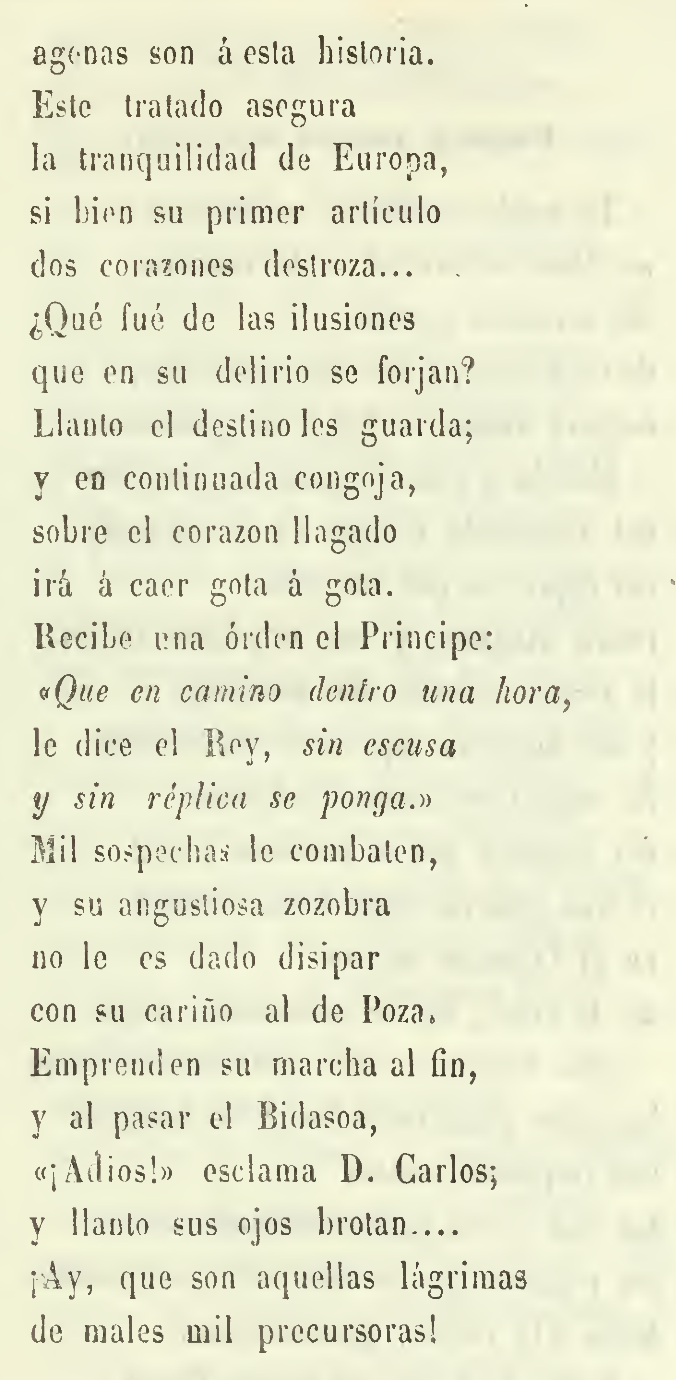
Grandes cálculos se hacian;
treguas, veinte veces rotas,
por ver quien engaña á quien,

de nuevo á la luz se evocan.
Condiciones ya admitidas,
por una parte y por otra,
se cruzan por asentar
la paz general de Europa.
Italia y Flandes por todos
la presa es que se ambiciona.
Francia, España y Alemania
lanzan sus huestes briosas
á aquellos campos floridos,
que en mudo yermo se tornan.
El Papa tambien su gente
súbito á la lid arroja,
y mas que ella, en la balanza
el nombre de aquel importa.
Venecia, Inglaterra y Génova,
Parma, Milan y Saboya,
en la empeñada contienda
fijan su mirada ansiosa.
Esperan unos que el tiempo
despeje un tanto la atmósfera,
para disputar entonces
al vencedor la victoria.
Dudan otros el partido
que habrán de seguir, y en hondas
cabilaciones se pierden,

porque es la eleccion dudosa.
De tiempo antiguo se dijo
que eran resueltas las bodas
del Principe de Castilla
con Doña Isabel; mas rotas
están hoy estas palabras;
hoy diverso rumbo toman
los negocios, y á la lucha
todas las armas se aprontan.
Velado con el incógnito
al Principe se le otorga
licencia y marcha á París,
dicha que su alma ambiciona.
Llega, y al momento herido
de una mirada, se postra,
y su corazon sucumbe,
y alhaga él su pasion loca.
¡Cuán bella es Doña Isabel:
su voz cuán dulce y sonora!..
Juró no ser conocido,
y entre la nocturna sombra
bebe en sentidas palabras
el fuego que le trastorna.
Nadie sospecha su alcurnia,
que solo D. Juan le nombran,
y siempre en su compañía

vá el noble Marqués de Poza.
Jóven tambien como el Principe,
de alma ardiente y generosa,
es un amigo querido,
es una brillante joya.
Pero ¡ay! que son vanos cálculos...
¡Cuantas amargas congojas
se ahorráran, si la Princesa
fuera á ese cariño sorda!...
Viudo Felipe segundo,
fáz nueva el asunto toma,
y surgen otros obstáculos,
y nuevos proyectos brotan.
Oyese empero el clarin
en las riberas del Soma,
que allí sus reales asienta
de España la hueste heróica.
Acude al punto el Francés,
pronunciase su derrota,
y al nombre de Filiberto,
que la castellana tropa
guia al combate, *San Quintin*
sus puertas abre y se postra.
La fama de esta batalla
se estiende jigante y pronta,
y una octava maravilla,

para perpétua memoria,
se levanta en *San Lorenzo*
del Guadarrama á la sombra.
Fíjase entonces en Francia
la atencion, y voces sordas
comienzan á circular
de una avenencia muy próxima.
Susúrranse los artículos:
cada cual los acomoda
á su capricho, ó al lucro
que á su ambicion le reportan.
Al fin en Chateau Cambressis
la paz arreglar se logra,
y llanto y placer á un tiempo
de tal convenio rebosan.
Conciertanse de Isabel (1)
y Margarita las bodas,
con el Monarca de España
y el Gran Duque de Saboya.
Han de dar á Filiberto
lo que con ventura corta
perdió en Piamonte; y á Génova
devolver la Isla de Córcega.
Lo demás que se convino
en una paz tan famosa
se calla, por que sus cláusulas



agenas son á esta historia.
Este tratado asegura
la tranquilidad de Europa,
si bien su primer artículo
dos corazones destroza...
¿Qué fué de las ilusiones
que en su delirio se forjan?
Llanto el destino les guarda;
y en continuada congoja,
sobre el corazon llagado
irá á caer gota á gota.
Recibe una órden el Principe:
«*Que en camino dentro una hora,*
le dice el Rey, *sin escusa*
y sin réplica se ponga.»
Mil sospechas le combaten,
y su angustiosa zozobra
no le es dado disipar
con su cariño al de Poza.
Emprenden su marcha al fin,
y al pasar el Bidasoa,
«¡Adios!» esclama D. Carlos;
y llanto sus ojos brotan....
¡Ay, que son aquellas lágrimas
de males mil precursoras!

CAPITULO IV.

Cuatro meses despues.

La noche se desliza misteriosa:
su densa oscuridad, á la malicia
del criminal perdido
de capa sirve, y de ella guarecido,
esquiva audáz la ley y la justicia.
Marcha á pasos jigantes á perderse
del inmutable tiempo en el espacio,
sin dejar en pos de ella
rastro ninguno, y con su planta huella
la rústica cabaña del mendigo,
y del magnate espléndido el palacio.
Es como leve arena arrebatada
del huracan por la revuelta furia;
es una gota de agua mas, lanzada
en el Occeano oscuro
de la crüel, de la insondable nada.
¡No volverá!.. de imperceptibles horas
los siglos ván formandose, y los hombres
con impasible calma
las ven en lo pasado confundiendose,
sin reparar que en ellas van perdiendose
horas á la virtud, goces al alma.
Brilla la luna: del adusto Enero



que al mísero mortal hielos prodiga,
el sol que lucirá será el postrero.
Los vientos por do quier soberbios rugen,
y á su impulso violento,
roto el desnudo tronco se desploma,
y en cerrado aposento
puertas macizas de continuo crujen.
Mudo silencio reina en el espacio:
siniestra oscuridad las calles cubre:
como remedio al cuerpo fatigado,
al benéfico sueño el hombre apela,
sin que por otro ruido sea turbado,
que por la ronca voz del centinela.
«¡Alerta!» grita el uno: otro responde
«alerta!» y cada vez menos distinto,
este grito en los aires se confunde:
el eco en lontananza al fin se esconde,
y al despedir su vibracion postrera,
todo otra vez en el silencio se hunde.
Como jigante roca,
una mole orgullosa se destaca
de entre la sombra; al aquilon resiste;
desprecia su furor, su ira provoca,
que á la fábrica audaz de que se viste,
es de los vientos la arrogancia poca.
Gótica torre sus estremos guarda,

como fiel y avanzado centinela,
y en la puerta sencilla,
con pie seguro, aunque con marcha tarda,
vigilan impasibles dos guerreros
de los heróicos tercios de Castilla.
Esa mole jigante,
que esconde entre las nubes su cabeza;
ese edificio inmenso y arrogante,
que ostenta de su dueño la grandeza,
guarda el sueño agitado
del Monarca español enamorado.
Solo una luz opaca reverbera
á través de la gótica ventana;
escasa, vacilante,
como el faro que marca la carrera
á incierto navegante,
repuesto apenas de borrasca fiera.
Tristísima es la luz, debil el rayo
rompiendo del cristal el hielo duro:
su pálido desmayo,
fluctuando en el misterio
de aquella soledad, semeja opaca
la vacilante luz de un cementerio.
Todo á meditacion alli convida;
todo á pensar que en soledad que espanta,
y en la nada, se pierden

las breves horas de la triste vida.
Como sarcasmo horrible,
una voz compasada se levanta
del soldado impasible,
que por adormecer quizá sus penas,
troba picante en el silencio canta.
La dicha y la desgracia dentro habitan:
el pasado y presente se confunden:
al presente le agitan
del porvenir las esperanzas gratas,
y al pasado le hunden
en desesperacion de un bien perdido
memorias á la vez dulces é ingratas.
Dos hombres cobijados bajo un techo:
el placer y el dolor, he aqui su estrella.
En el verano de la vida el uno
abre su oscuro pecho
de próxima ventura á la luz bella.
El otro en el Abril padece y gime;
pasó la edad para él de bienandanza;
y este recuerdo el corazon le oprime,
y le cierra por siempre á la esperanza.
¡Oh que es horrible!. con el alma ardiente
sentir la vida en nuestra edad primera,
inmenso el porvenir, su fin distante,
y haber humildes de doblar la frente,

porque sale á estorbar nuestra carrera
obstáculo jigante.
Y no lograr con brazo poderoso,
libre y franco dejar nuestro camino,
y en vivir afanoso
sin ilusion, sin fé, sin esperanza,
sucumbír á las leyes del destino....
¡Fuera mejor morir aun en la cuna,
que asi juguete ser de la fortuna!.
La noche corre á su postrer momento,
y al lucir por Oriente el nuevo dia,
del sol que ha de alumbrarle
maldecirá un doncel la luz impia.
Ahí duerme, en esa estancia:
con pesadas y grandes colgaduras
las paredes cubiertas:
de afamados artistas las molduras
en los techos y puertas:
los anchos y magnificos sillones:
blandas alfombras, lámparas de plata
luciendo los blasones
de la potente España, los sentidos
dejan por tanto lujo adormecidos.
Tambien allí el silencio de la tumba:
leve rayo una lámpara despide:
la debil luz que las tinieblas rompe

la vista en breve circulo la mide.
La oscilacion contínua,
el escaso lucir de sus reflejos,
de que la noche avanza
es señal infalible, y que del dia
el astro bienhechor no está muy lejos.
Junto á una mesa inmóvil, silencioso,
la mejilla en su mano descansando,
un apuesto doncél, de rostro hermoso,
con un libro el insomnio está engañando.
Al otro estremo sobre blando lecho,
que acaricia bordado cortinaje,
otro joven brioso en vano intenta
con el sueño en su pecho
desvanecer de amor recia tormenta.
Cinco meses no mas ha que de España
pisó otra vez el floreciente suelo,
y al divisar su cielo,
como en region estraña,
cubrió su corazon un denso velo.
Era entonces feliz: joven y amante
dichoso porvenir le sonreia,
y con poder bastante
á ninguno envidiaba,
ni de la suerte el vendabal temia.
Mas una hora, un momento,

le arrebató su apetecida calma,
dejandole al huir, para tormento,
llanto á los ojos, inquietud al alma.
Era entonces amante: hoy le arrebatan
la dulce prenda de su amor querida:
todos al robador por Rey acatan,
y él en tanto su herida
obligado á esconder, á Dios le ruega
que ponga fin á su angustiosa vida.
Yace sumido en hórrido letargo;
inquieto sueño por su mente cruza,
pues con reir amargo
ora sus labios el placer separa,
ó en combulsion terrible
ora tambien en su sonrisa pára.
Súbito el otro su leer suspende,
le mira: «¡infeliz!» dice, y de sus párpados
lágrima de cariño se desprende.
En medio aquel silencio un hombre canta:
un soldado es, que el sueño
con sus groseras trobas asi espanta.

—

Canta fuera el centinela.

—

«Mañana se junta el Rey
«en suave y grato soláz,

«con una niña hechicera.
«¿Tendremos por esto paz?..
«¡Dios lo quiera!
«Es el Rey muy poderoso:
«ella es la misma hermosura,
«segun la fama parlera.
«¿Durará tanta ventura?...
¡Dios lo quiera!.»

—

Apena escucha el joven silencioso
la atrevida cancion del centinela,
en su ademan ansioso
de honda inquietud la desazon revela.

El Marqués.

¡Maldito amen tu labio descompuesto;
maldita tu cancion!..»
—«Marqués,» esclama,
de su letargo el Príncipe repuesto:
«escuché una cancion...»

El Marqués.

Como la noche
forma á la luz de vacilante llama
sombras vagas, tambien asi los vientos
finjen en el silencio hondos lamentos.

El Principe.

No, Marqués, escuché la voz de un hombre,



y aun pienso que mis males insultaba:
no porque yo me asombre,
pues de ludibrio servirá algun dia
á la futura edad la pasion mia....
¿No escuchas?.¡otra vez!. no me engañaba;
canta, soldado, y tu ventura veas:
canta, soldado, si.

EL MARQUÉS.

(¡Maldito seas!)

—

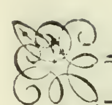
Canta el centinela.

—

«De los treinta pasa él ya,
«y tiene el cabello cano:
«ella está en su primavera
«y él entra ya en el verano!..
¡Ay, Dios quiera!..

—

Cada palabra que el cantor lanzaba,
era un puñal agudo
que el corazon del Principe rompia.
Fijo, inmóvil estaba
sobre el mullido lecho ya sentado,
la vista no movia,
y con el rostro de sudor bañado
la imagen de la angustia parecia.



Cinco meses no mas han transcurrido,
desque en Paris, galan enamorado,
Don Juan el Caballero
miró su amor pagado,
y era aquella pasion su amor primero·
¡Cinco meses no mas, y hoy su mejilla
pálida está!.... Su vista vacilante,
su incierta voz, revelan
que sufre y llora el corazon amante.
¿Qué se hicieron los sueños de ventura,
que alhagaron su ardiente fantasia,
y que la noche oscura
tornaban en París en claro dia?.....
¡Ay, ya no son!..... De la verdad severa
se alzó la voz, y su poder deshace
tanta dulce quimera:
la realidad de sus cenizas nace,
y adusta soberana al fin impera......
Largo rato ya hacia
que el eco caprichoso
las voces del cantor no repetia,
y con mirar ansioso
fijo siempre en la gótica ventana,
el Principe D. Carlos aun seguia.

El Principe.

Mientes, gritó: tu lengua audaz, liviana,

yo cortaré si á descubrirte llego;
y tu voz inhumana
apagaré con lágrimas de fuego.
Ella me amaba, sí: razon de estado
la hizo olvidar su antiguo juramento:
pero su pecho altivo es un sagrado,
y ¡ay! del que en torpe acento
quiera empañar su honor inmaculado.
Padezca y sufra el loco,
que no alcanzó á leer su desventura
del porvenir en las confusas ojas;
mas si estimase en poco
de su nombre brillante la honra pura,
el corazon rompiéndome,
yo mismo labraré mi sepultura.

El Marqués.

Señor, tranquilizaos;
mirad que la pasion que asi os ajita,
con su mano terrible,
de vuestra juventud la flor marchita.

El Principe.

No, no es posible; indestructible, inmensa,
como la luz que alumbra el firmamento,
mi corazon devora:
aun resuena en mi oido aquel acento;
su voz encantadora

oigo amorosa para mas tormento....
¿Y habré de verla en los amantes brazos
de otro mortal?.... ah no: que esas caricias;
esas voces dulcisimas; los lazos
que en breve la unirán; esas delicias
que un momento soñé con ansia loca,
son una horrible injuria,
un rudo torcedor que me desboca,
y que me hace temblar mi amante furia.
Sé que es mi Padre, sí: sé que en España
no hay voluntad que ante la de él resista:
sé que á un amago de su justa saña
confundido caeré, como los vientos
al correr arrebatan leve arista.
Pero esta llama audaz que me tortura;
este inmenso volcan que el alma abrasa,
no pára mientes en tan grande altura,
y esa temible y real omnipotencia,
comparada con él la juzga escasa.
Hoy llega, hoy, Marqués; y yo doblando
mi trémula rodilla,
mis violentos suspiros aqui ahogando,
cual súbdito primero
saludaré á la Reina de Castilla!.....
¿Comprendes tu, Marqués, este combate?
¿Comprendes que este rudo sacrificio

mis esperanzas todas hoy abate,
y que á esta sola idea,
de desesperacion el pecho late?...
Esa Reina que viene, esplendorosa
de juventud, de vida, de hermosura,
fué mi ofrecida esposa:
fué la ilusion que en noches de amargura
soñó mi mente ansiosa,
cual angel de placer y de ventura.

EL MARQUÉS.

Señor, ya luce el dia:
ya los primeros rayos de la aurora
las puertas abren del pintado Oriente.

EL PRINCIPE.

¡Oh luz hoy destructora
de mi ilusion, de mi cariño ardiente,
¡ay!.. á tus rayos muere mi esperanza!..

EL MARQUÉS.

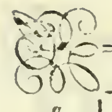
Serenad vuestra frente.

EL PRINCIPE.

Si; pasó ya de amor la bienandanza,
quiero esconder mi sufrimiento loco:
quiero secar mis lágrimas,
y con voz impasible y faz serena,
trocar en sonreir mi amarga pena.

—

Dijo, y saltando del mullido lecho,
á un agudo sonido
que súbito lanzó pito de plata,
vióse el cuarto invadido
de pages y escuderos,
rápidos á acudir á aquel silvido.
Rumor confuso, fuera de la estancia,
de pasos presurosos
reproducen los régios artesones:
solícitos, ansiosos,
ostentando su lujo y sus blasones,
los grandes y pequeños se disputan
en tan alegre dia
de la puntualidad la primacia.
Cual si inmenso placer tambien sintiera,
el Principe D. Cárlos se engalana:
y en su forzada risa,
y en su mirada por demas austéra
para edad tan temprana,
se advierte que un pesar hondo lacera
aquella alma lozana.
Júntanse en el espacio
de aquellas altas y anchurosas salas,
Grandes, nobles, sirvientes de palacio,
mientras de ricas galas
cubriéndose, la víctima parece



el Principe D. Cárlos,
que en holocausto general se ofrece.
  En tanto allá en los patios,
tascando el duro freno mil corceles
arrojan blanca espuma,
que cubriendo pretales, y caireles,
brutos parecen de rizada pluma.
Suena un clarin;
                — «Señor, llegó la hora,»
dice el Marqués al Principe Don Cárlos,

El Principe.

Tengo valor; de mi pasion traidora
si se asoman destellos á los ojos,
con mano poderosa sabré ahogarlos,
y volverán al alma por despojos.»

—

Y con altiva indómita arrogancia;
con reposado y grave continente,
al alejarse de la rica estancia
seca el sudor de su ardorosa frente.



CAPITULO V.

El dia 31 de Enero de 1560. (2)

I.

Luce brillante en el cielo
el astro consolador,
y caen deshechos al suelo
por su templado calor
grandes témpanos de hielo.
Tranquilo se muestra el dia:
sereno el ambiente está,
y aunque la atmósfera es fria,
rápida perdiendo vá
del hielo la fuerza umbria.
Gran suceso se prepara,
segun la fama parlera,
y de concurrencia rara
se llena la carretera
que marcha á Guadalajara.
Caballos, carros, peones,
cruzan con ansia y afan,
y en confusos pelotones
revueltos vienen y van
ricos, pobres é infanzones.

Aqui un grupo de pecheros
con estruendosa alegria,
en guisa de romeria
llevan al hombro, ligeros,
viveres para aquel dia.
Mirar por allí amedrenta
rápidos ir dos corceles:
la envidia á los dos alienta
por conseguir los laureles
en su carrera violenta.
Mas allá se oye la grita
que en tumulto despiadado
dan á un carruage volcado,
y la compasion no escita
el lance aquel desgraciado.
Por allí viene altanera
en su carroza ligera,
mas que las flores galana,
una gentil cortesana
de espléndida cabellera.
La cercan pages vestidos
de galas ricas, brillantes,
y sobre el pecho flotantes
llevan blasones unidos
de dos familias jigantes.
Tropa de á pie y de á caballo

custodia el carruage aquel,
de insultos para librallo,
que no ha de ir con el tropel
quien tiene tanto vasallo.
Mas allá con paso tardo
varios frailes se adelantan
metidos en tosco fardo,
y enmudecen los que cantan
viendo aquel hábito pardo:
Todo es luego confusion;
todo desorden y bulla,
y lanzan sin compasion
á cada dama ó varon
una grita ó una pulla.
Y nadie de ello se ofende:
nadie por ello se pica:
pues si alguno lo pretende,
la burla mas se complica,
y á insultos quizás se estiende.
Es un cuadro peregrino
mirar aquel torbellino;
pues por influencia estraña
parece que toda España
se junta en aquel camino.
Es un océano viviente
la tierra en aquel parage,

y hasta el rebramar se siente
del continuado oleage,
por tanta agrupada gente.

Parece al mirar el suelo
cubierto de mil colores
bajo el azulado cielo,
inmenso y tendido velo
sembrado de gayas flores:

O en ámbitos apartados,
sobre las revueltas olas
cual lucen engalanados
esquifes mil adornados
con cintas y banderolas.

Todo allí muestra contento;
todo ajitacion, locura:
uno es solo el pensamiento
que reina en aquel momento:
la eterna paz, la ventura.

A esto se reducen todas
las pretensiones del dia;
pues tras de larga agonia,
ven con las próximas bodas
nacer la antigua armonia.

¿Quien, detendrá la arrogancia
del Leon español sañudo,
si en su audaz preponderancia,

puede juntar en su escudo
las flores de lis de Francia?....

II.

Un grupo á todos detiene
en medio aquel alborozo;
de Guadalajara viene,
y al verle venir, el gozo
de la turba se contiene.
Subido sobre un bridon,
que al sentir la sujecion,
émulo digno del viento,
desde la cincha al arzon
cubre de espuma violento;
Un joven bello y altivo
dirije el bruto animoso,
que con sus cascos, esquivo,
hiriendo el suelo arenoso
bate soberbio el estrivo.
Es la lucha entre el poder
del hombre y del animal:
combate este por romper
el freno, que por su mal
le hace á despecho mover.
Joven es; apenas toca

el caballero en su Abril,
y en sus ojos y en su boca
se leen sufrimientos mil,
y casi á dolor provoca.

Pálida está su mejilla;
pálida tambien su frente,
y en su fijo mirar brilla
de alguna pasion ardiente
la envenenada semilla.

Al verle asi caminar
con tantas galas brillante,
parece que ácia el altar,
cual víctima vacilante,
marcha la muerte á buscar.

Rico vestido le cubre
de terciopelo bordado,
y sobre el pecho ajustado
la noble insignia descubre
del cordero inmaculado.

Negro es el fuerte corcel,
nacido en Andalucia;
y las galas del doncel
blancas, y de pedreria
con uno y otro joyel

Profusas, plumas azotan
el viento, desde el sombrero

de aquel gentil caballero:
parecen aves que flotan
en medio del crudo Enero.

Recio estoque su cintura
suspende, y la aguda espuela
de estraña cinceladura,
sobre la bota segura,
hundirse en el bruto anhela.

Señores mil le acompañan
luciendo en los escusones
sus conquistados blasones,
y las espuelas ensañan
en los soberbios bridones.

Unidos van á compás
cien aguerridos jinetes
de aquellos grandes detrás,
y el sol resplandece mas
hiriendo en sus coseletes.

Las lanzas pendientes llevan
en la cuja descansando,
y sueltos, libres flotando,
los banderines se elevan
á impulsos del aire blando.

El tropel los brutos hienden
con breve y altivo trote,
mientras librarse pretenden

con uno y con otro bote,
que mas su cólera encienden.
Al pasar: «*Viva Don Carlos*»
gritó la turba á una vez;
y escasa es ya á sujetarlos
la mano diestra, veloz,
de los que quieren mandarlos.
Sobre las piernas derecho
el del Príncipe se tiene;
y un mar de sudor ya hecho,
lanza un bufido del pecho,
y sus alientos retiene.
Despues los brazos abate,
y echando espuma su boca
salta, que á nuevo combate
por esgrimido acicate
hondo dolor le provoca.
Pero es nulo su furor,
todo su ardimiento es vano,
pues viene á morir su ardor,
obedeciendo á la mano
de su adiestrado Señor.
Una sonrisa fugaz,
cual rayo en nublado dia,
cruzó ligera, sombria,
á revelar en la faz

del Principe su agonia.

Y haciendo un saludo breve
á los que «*Viva*» gritaron,
rápido el caballo mueve,
que ardiente el espacio bebe
al punto que le escitaron.

En pos de él todos se lanzan:
las armas al sol reflejan:
nube espesisima dejan:
en breve espacio le alcanzan,
y de la Ciudad se alejan.

En tanto la turba marcha
siempre alegre, bulliciosa,
por ver la fiesta famosa,
rompiendo la blanca escarcha
con su planta presurosa.

III.

En medio su carrera
se ostenta el sol brillante,
sin que una sola nube
su resplandor empañe.
Para gozar tranquilos
de aquel calor suave,
los míseros reptiles

de sus guaridas salen.
Los pájaros gozosos
sacuden sus plumages,
y dando alegres trinos,
se pierden en los aires.
Todo es contento y júbilo:
los hombres y las aves
parece que celebran
con trinos y cantares
del próximo himeneo
las fiestas admirables.
Cual mísera barquilla,
que en medio de los mares
presa es del rudo impulso
de recios vendabales,
asi de ingrata suerte
la fuerza inevitable
siguiendo á su despecho,
D. Carlos de allí parte.
Dos leguas ha corrido
sin que á sacarle basten
del hondo parasismo,
en que abismado yace,
ni el tiempo que transcurre,
ni el sol que ardiente cae.
Un solo pensamiento

su espíritu combate:
ni el cansancio le aqueja,
ni el ruido lo distrae,
que allá dentro del alma,
donde nació jigante,
de una ilusion perdida,
preséntale la imagen.
Terrible algunas veces
sus animos abate,
y la verdad, los sueños
de su ilusion deshace.
A veces la acaricia,
huyendo realidades,
y en pos de ella se pierde
su entendimiento fragil.
No hay dicha ni ventura
de esa ilusion aparte;
es su único delirio,
es su ensueño constante:
y asi cuando á la vida
su espíritu se abre,
de eterno sufrimiento
preséntale los males.
No hay medio: su camino
sembrado de pesares,
es fuerza que le cruce

con ánimo indomable:
en medio de él, terrible
la muerte irá á encontrarle,
ó de impensada gloria
quizás la sombra abrace.
Vano es que de luchar
con el destino trate;
para esta lid, del hombre
la fuerza no es bastante.
Ya lo intentó; á la idea
del desigual combate
se avivan sus deseos,
sus animos decaen.
Asi ya no lo intenta,
pues á poder tan grande,
que logre resistir
su voluntad no es dable.
Cubiertos van de polvo
el Principe y los Grandes:
sudosos los corceles;
sangrientos sus hijares;
apenas á la espuela
sus ímpetus renacen.
De pronto se detienen;
la nube que há un instante
á todos envolvia,

por grados se deshace.
Allá en el horizonte
se mira levantarse
confuso torbellino
que sube en espirales.
El sol tambien refleja
de petos y espaldares
sobre el bruñido acero,
sus ráfagas brillantes.
«Señor, llegó el momento:»
le dice en voz suave
al Principe el Marqués
de su abstraccion sacándole.
Cual si de horrible sueño
entonces despertase
Don Carlos se estremece:
su vista inmóvil antes,
en torno incierta gira,
en nada sin fijarse.
Al fin de aquella nube
que viene adelantándose,
con la movible forma
va rápida á encontrarse.
Un ¡ay! ahogado se oye,
profundo, inimitable:
¡fuerza es que mucho sufra

quien lanza tales ayes!...
El de Poza le mira
con ojos penetrantes.
El Principe se vuelve,
é hincando en los hijares
la espuela, con voz firme
grita al punto: «Adelante.»
Y marchan en silencio,
previendo mil pesares
de aquel ¡ay! que en el alma
de todos fué á clavarse.

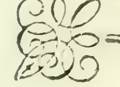
Cercada de guerreros,
de nobles y de pages,
avanza una carroza,
tirada de alazanes.
Espléndida hermosura
de rasgos virginales,
de luenga cabellera,
en ella inquieta yace.
Apenas quince veces
miró nacer fragante
la rosa matizada
de púrpura y de mate,
y ya su alma á memorias
tristísimas se abre.
Es bella como el sol,

es pura cual los ángeles,
que en torno del Altísimo
celebran sus bondades.
Inquieta viene y triste,
que próximo el instante
está, en que sus recuerdos
en llanto han de trocarse,
sin que uno solo, uno,
su desventura alhague.
Mirando aquella nube,
que se disipa y nace,
su corazon con fuerza
dentro del pecho late.
Al fin llegan: un «*Viva*»
por una y otra parte
confuso el aire puebla
con algazara grande.
El Príncipe las riendas
pone en manos de un page,
y con paso seguro,
con erguido talante,
se acerca á la carroza
seguido de los grandes.
De pié, inmóvil y muda
ya fuera del carruage
la dama, con la vista



fija en el suelo yace.
«*Señora:*» dice el Principe;
sus labios se contraen,
y ahogado, imperceptible,
su acento apenas sale.
Hincando una rodilla
ante ella, el que arrogante
no hay poder que respete,
humilde aqui se abate.
Tiéndele ella la mano
su deber indicándole,
y al besarla sumiso,
cual si de oculto áspid
sintieran el veneno,
su sangre toda se arde.
Tórnase ella mas pálida
que la azucena fragil,
y se levanta el Príncipe
sin fuerzas, delirante:
sube ella en la carroza:
recibe él de su paje
las riendas, y otra vez
con el rudo acicate,
del generoso bruto
desgarra los hijares.

Ni una voz, ni un acento



rompe el silencio grave,
pues fijas en su mente
terribles realidades,
vano es que del destino
pretendan libertarse.
Marchan pues en silencio,
sin que á turbarle basten
los grupos de curiosos
que miran acercarse.

IV.

Truena el rudo cañon: el aire aturden
con sus vibrantes voces las campanas,
cuyos sonoros ecos al formarse
rápido en su carrera el viento arrastra.
Ricas telas, vistosas colgaduras
cubren dó quier las góticas ventanas,
y los balcones y las calles pueblan
galanes caballeros, nobles damas.
De bellas flores tapizado el suelo,
que suave aroma en el ambiente exhalan,
profusa alfombra de colores forma,
que huella del tropel la ruda planta.
Confúndense cruzando en remolinos

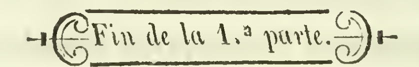
la estrecha calle, la anchurosa plaza,
con sus ricos adornos los Señores,
y los pecheros con sus pobres galas.
Todo respira gozo y alegria:
es un pueblo feliz Guadalajara,
pues en sus muros á enlazarse llegan
las blancas Lises al Lëon de España.
Fija en el porvenir la vista tienen
los que anhelan vivir en dulce calma,
que de esa union que estingue los rencores
nace de eterna paz grata esperanza.
«*Vivas*» sin cuento por dó quier resuenan
á los labios saliendo desde el alma,
y en ronco son, alegre, bullicioso,
del bronce herido el revibrar apagan.
Suenan clarines, presurosas jiran
en varias direcciones grandes masas,
que el momento se acerca de la fiesta,
y verla cada cual quiere á sus anchas.
Unos reacios su camino siguen;
otros sobre las rejas se encaraman,
otros de los formados escuadrones
se colocan veloces á la espalda.
Sobre la fuerte silla descansando,
sujetas con la diestra rudas lanzas,
cien jinetes en potros cordobeses

de aquella procesion abren la marcha.
Flotan libres los cortos banderines,
como de esquifes pintorescas flámulas,
y el pendon que del uno al otro estremo
cruzó triunfante la risueña Italia.
Va en pos de ellos el Clero silencioso;
y en marcha imperceptible y compasada,
como sombras inmobles se deslizan
una á otra siguiendo órdenes varias.
Van allí los varones robustísimos,
de rostro obeso, de anchurosa espalda,
que del Beato Gerónimo la regla
en su retiro escrupulosos guardan.
En pos de ellos los *cándidos Jesuitas*,
hijos de San Ignacio (que Dios haya,)
de las restantes órdenes malquistos,
por su antigua y audaz preponderancia.
Del Seráfico Padre San Francisco
van allí las Obejas agrupadas,
despues de los Jesuitas, los primeros
en riqueza, en saber, en importancia.
Siguense los enjutos capuchinos,
de humilde aspecto, de abundante barba,
en el suelo la vista siempre fija,
y en los goces eternos fija el alma.
Firmes el voto de pobreza cumplen,

de obediencia tambien dan pruebas claras,
que de este mundo vil en las miserias,
sus virtudes seráficas esmaltan.
Siguen despues los nobles caballeros
de Santiago, Montesa y Calatrava,
ostentando en los mantos las insignias
que de su alcurnia el esplendor ensalzan.
Los de Alcántara, insignes como ellos,
marchan alli, que en ocasiones varias,
las cuatro órdenes fueron las columnas
que el Castellano Trono sustentáran.
Siguen despues altivos infanzones,
nobles doncellas, peregrinas damas,
brillantes con sus joyas y hermosura,
que al mismo Sol sus luces arrebatan.
Detras de ellos camina silenciosa
de rico Pálio bajo sombra escasa,
Isabel de Valois, que al Rey Felipe
amor le vá á jurar ante las aras.
Terrible palidéz su rostro cubre;
y el velo celestial de sus pestañas
rompiendo, de su lánguida pupila,
honda mirada de dolor se escapa.
El Rey marcha á su lado; el negro traje
que le cubre del pie hasta la garganta,
de su enjuta mejilla la blancura,

sobre gola finísima destaca.
Del Toison el collar lleva pendiente
por solo adorno en ceremonia tanta,
y nadie de aquel hombre presumiera
que es el señor de la potente España.
Su mirada sagaz cual la del tigre,
en torno suspicaz, inquieta vaga,
dudando aun si es sueño la ventura
que el benéfico cielo le depara.
El Principe vá allí, como la victima
que el sacrificador sañudo arrastra,
y en su pálida frente, en su mejilla,
de hondo dolor la huella se retrata.
Vá el de Poza detras, sin que un momento
del Principe su vista se distraiga,
pronto á prestarle apoyo, y aun mas pronto
con él á sucumbir en la demanda.
De Burgos vá tambien el Arzobispo,
y el cruel y terrible Duque de Alba,
y la Princesa de Eboli, y su esposo,
á quien el vulgo el favorito llama.
Vá Alejandro Farnesio, al que algun dia
proclamarán por Duque los de Parma;
y el que ha de estremecer el Orbe todo
con sus gloriosos hechos, Don Juan de Austria.
Medinaceli vá con otros ciento

cuyos nombres repite ya la fama,
cerrando mil jinetes aguerridos
de aquel cortejo la lucida marcha.
Llegan asi del Sacrosanto Templo
á la tendida y anchurosa plaza,
y en medio de los «*vivas*» y el tumulto,
penetran del altar hasta las aras.
Únense para siempre aquellas manos;
la una firme, nerviosa, descarnada,
la otra como el jazmin que en los verjeles
con su blancura y suavidad encanta.
Un *¡ay!* se oye otra vez: imperceptible,
como la voz que el moribundo exhala;
pero aquel *¡ay!* como puñal agudo
de la ya Reina el corazon desgarra:
Su mano tiembla, de sudor se cubre:
miradas de inquietud Felipe lanza,
y concluida ya la ceremonia,
del Templo salen ácia el régio Alcazar:
Los «*vivas*» se repiten; que ya el pueblo
vé en realidad trocada su esperanza.
¡Ay! estas bodas que bendicen todos,
¡cuan fecundas serán en luto y lágrimas!...




EL PRINCIPE D. CARLOS.
Segunda parte.

INTRODUCCION.

Rápido de aquellas bodas
perdióse en la nada el dia,
y en pos de él un año y otro
y hasta cinco se deslizan.
Vano fuera á nuestra historia
por los hechos que en política
en aquel tiempo pasaron,
tender despacio la vista.
Italia y Flandes, cual siempre
fueron la joya de envidia
por que chocaron briosas
mil ambiciones distintas.
Al fin rasgado ya el velo
que los planes encubria
del de Orange y otros Principes,
se trabó sangrienta liza.
Brujas, Amberes, Bruselas,
sufriendo lucha continua,
ora al Rey abren sus puertas,
ora al protestante abrigan.
Mandaba entonces en Flandes
con discrecion peregrina

en nombre del Rey de España
la Princesa Margarita.
Merced á su fino tacto,
y á su condicion benigna,
en muy convenientes límites
á unos y otros mantenia.
Pero fuera que cediendo
á instigaciones malignas,
ó bien que la sujecion
de Flandes, no tan activa
marchase cual el deseaba,
el Rey ¡torpeza inaudita!
para gobernar la Flandes
al Duque de Alba designa.
Revestido en sus poderes
con facultades omnimodas;
con el corazon de hierro;
y el fanatismo por guia;
cual de un huracan, los pueblos
temblaron de su venida.
Apenas tomó las riendas
del Gobierno, en sangre tintas
se vieron calles y plazas,
fortalezas y campiñas.
La mas ligera sospecha
de tibio en la fé divina,

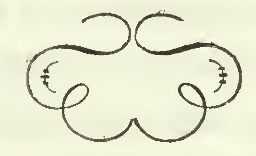
con aquel hombre sin alma
pagábase con la vida.
Descansando en su conciencia,
(defensa por cierto exigua)
los Condes de Egmont y de Horus,
fueron de su enojo víctimas.
El de Orange, la tormenta
sintiendo rugir vecina,
puso su vida á cubierto
de la sangrienta cuchilla.
Buscó su apoyo en los pueblos,
y como ven la injusticia
de aquellas muertes, al punto
socorros le facilitan.
El gérmen de rebelion
que en sus entrañas abrigan,
con tanta vertida sangre,
vigoroso fructifica.
Levántase el estandarte,
y en la encarnizada liza,
si el Duque vence, los pueblos
á los vencidos cobijan.
No tienen los vencedores
sino el terreno que pisan,
que no es el terror la táctica
para convencer mas digna.

En un encuentro y en otro,
ya contraria, ya propicia,
la suerte sigue los pasos
de las banderas distintas.
Buscan en la Francia apoyo,
y los franceses envian
en el Duque de Alenzon
de un Rey la sombra ridícula.
En vez del de Alba, llamado
por su Señor á Castilla,
quedó D. Luis Requesens
mandando aquellas provincias.
Muerto D. Luis, D. Juan de Austria,
cuyo nombre ya corria
por el Orbe, tantos males
á remediar se dedica.
Vanos fueron sus esfuerzos:
sin fruto allí su pericia,
que es muy profunda la llaga
para curar repentina.
Las desazones del ánimo,
de la guerra las fatigas,
fueron labrando en su cuerpo
una dolencia mortifera.
El astro de aquel guerrero,
cuyo renombre eterniza

la jornada de Lepanto,
rápido en Flandes se eclipsa.
Murió D. Juan, y su muerte
los flamencos solemnizan,
sin reparar que en pos de él
se alza una sombra fatídica.
Es Alejandro Farnesio,
que en el dintel de la vida
mas daños há de causarles,
que el Duque de Alba en sus iras.
En uno y en otro encuentro
siempre ventajas publica;
mas de un pueblo que no quiere
sufrir cobarde mancilla,
no hay ejércitos, no hay fuerzas
que la obediencia consigan.
Asi las tropas flamencas
en sus desgracias se animan,
y viven con la esperanza
que sus Gefes les inspiran.
Estos los sucesos son
á que en Flandes se dió cima,
en todo el tiempo que dura
nuestra relacion verídica.
En Inglaterra y Escocia
tambien disturbios se agitan,

y una Reina en el cadalso,
por su beldad peregrina,
de otra Reina vá á pagar
los celos y las envidias.
En Africa, vencedora
tambien la bandera brilla
de España, y D. Juan de Austria
nuevos laureles conquista.
En Madrid el luto reina,
que la Inquisicion domina.
D. Cárlos dentro del alma
pasion volcánica abriga,
sin reparar que sus pasos,
y sus acciones espian.
En conjeturas se pierden
los que en delatar trafican,
pues aun mas que su pasion
es su prudencia infinita.
Ni una accion, ni una voz sola
con leve palabra equívoca
dió á conocer el objeto
que su corazon cautiva.
Las llamas de aquel incendio,
mayor cuanto menos brilla,
del Principe la existencia
pausadamente aniquilan.

Pero hay mil ojos que velan,
y con intencion maligna,
presumen de aquel secreto
saber la causa precisa.
La Reina á sus solas llora
las ilusiones perdidas,
único bien que su alma
con efusion acaricia.
Mas de aquella corte lúgubre
que el pensamiento castiga,
á mentiras y á verdades
despierta está la malicia.
¡Ay del que con menosprecio
las penas agenas mira,
ó el amor de una mujer
con su frialdad asesina!



CAPITULO VI.

El Monasterio de Yuste. [3]

Cercado de altas colinas,
que entre las nubes se pierden,
por mil arroyos cruzado
de caprichosa corriente,
en la rica Estremadura
un ancho valle se estiende.
Lleno de selvas umbrias
está su terreno fértil,
y en las aguas del Guadiana,
que en la Lusitania muere,
mil árboles seculares
la vida afanosos beben:
los arroyos que en las peñas
empiezan su curso leve,
en las aguas de aquel rio
van á terminar alegres.
Bella es su vida aunque corta,
pues conservando perenes
sus aguas, del seco Estio
resisten el rayo ardiente.
Nacen allí limoneros,
que bajo su copa verde,
al cansado caminante

solaz y sombra le ofrecen.
Aspírase en aquel sitio
un embalsamado ambiente,
que de flores y de frutos
con profusion se desprende.
Es de la naturaleza
el bello estado silvestre,
sin que el arte ni los hombres
parte en su hermosura lleven.
Jamás el talento humano,
por grande que se presente,
podrá igualar los caprichos
con que en espacio tan breve,
de la mano del Señor
se admira el genio potente.
Sombra anhelan los viageros,
y sombra constante tienen;
agua ambicionan los pájaros,
y en cristalinas corrientes
que jiran por entre flores,
pura y fragante la beben.
Pasto buscan los ganados,
de aquel retiro en el cesped,
y en la alfombra de su suelo
tienen mas del que apetecen.
De un montecillo la altura

parece que de las gentes
á aquellos sitios desiertos
audaz la entrada defiende.
De aquel collado á la falda,
levanta erguida su frente
de un Monasterio la cúpula
hasta en las nubes perderse.
Del glorioso San Gerónimo
la regla en él se mantiene,
y por raras circunstancias
se hizo el Monasterio célebre.
Su vida en él acabó,
dado á religiosas preces,
el que por triste retiro
trocó mundanos laureles.
Cárlos Quinto allí murió;
allí depuestos los bienes
con que el siglo le brindaba
sobre su Trono esplendente,
como cenobita humilde
miró acercarse la muerte.
No era aquel ya el que dos mundos
dominó audaz, prepotente;
no era el paladin temido
por la Francia y los hereges.
Era el humilde cristiano,

que en Dios benigno y clemente,
conoce que de ventura
se abriga el único gérmen.
Ante él se postra sumiso,
y con su llanto pretende
que al llegar su último fin
recelos no le amedrenten.
No hay penitencia que escuse,
ni imposibles que le arredren,
pues grande cual su poder
fué su fé despues ardiente.
Sus palabras, no es estraño
que fuera de allí resuenen,
pues los monjes las repiten,
cual si de algun angel fuesen.
De aquel santo Monasterio
de aquí la fama proviene,
y será mientra haya hombres
el nombre de Yuste célebre.

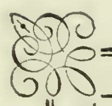
II.

El Rey Felipe Segundo,
que en Flandes se hallaba ausente
cuando murió Cárlos Quinto,
hoy al Monasterio viene.

Esta es la primera vez
que ver los lugares quiere
en que el ínclito D. Carlos
halló tranquilo la muerte.
Cercado por los desvelos
al gobernar consiguientes,
no le fué posible al Rey,
de ellos hasta hoy desprenderse.
Quiere recorrerlo todo,
hasta el jardincito breve,
que el invicto Emperador
cuidó con mano ya débil.
De esta visita asustados
los monjes medrosos temen,
que el nombre del Rey Felipe
á todo el mundo estremece.
Cuentanse de él mil mentiras,
y con intencion aleve,
propalan los descontentos
voces que su honor ofenden.
Asi en grande confusion
los monjes hoy se revuelven,
y van, vienen, y se aturden,
pensando siempre en el huésped.
La servidumbre alli está,
que al Rey de España precede,

y la adusta compostura
que en todos ellos se advierte,
fuerza es que los temores
con su gravedad aumente.
Mediosos están los Monjes,
y sosegarlos no puede
la fama de religioso
que el Rey en el mundo tiene.
Reina el bullicio en el claustro,
y al campo tambien se estiende;
y el belicoso relincho
de los ardientes corceles;
y el sonar de los clarines
que el aire tranquilo hiende,
de la llegada del Rey
son señales evidentes.
Por entre los verdes árboles,
que aquel camino embellecen,
de polvo revuelta nube,
subir al cielo se advierte.
Es la régia comitiva,
que espera gozar en breve
descanso, que del camino
los malos ratos remedie.
Solos y en silencio van
en su carroza los Reyes;

y sobre fuertes bridones,
con empolvados arneses,
al lado suyo, escoltándolos,
ricos hombres y donceles.
Van tambien algunas damas,
que en Palacio no consiente
la etiqueta que á la Reina
sola y sin damas se deje.
Entre los hombres caminan
taciturnos, como siempre,
el Principe; y observándole
como su sombra perene,
el noble Marques de Poza,
el amigo que mas quiere.
Llegan asi al Monasterio
entre el estruendo que ofrecen
las campanas voltëadas
cuyo son los aires hiende.
La comunidad formada
con el Prior à su frente,
de aquellas puertas macizas
avanza hasta los dinteles.
Debajo de rico Pálio,
que varios Monjes sostienen,
invitan al Rey Felipe
á que en la Iglesia penetre.



La Reina marcha á su lado;
¡cuan bella y cuan diferente
de la doncella infantil
que hemos mirado otras veces!
Hermosa como ninguna
su fina tez resplandece,
pero sus lánguidos ojos
en vano animar pretende.
D. Cárlos marcha detras;
y el Rey que inquieto no duerme,
temblando hasta de su sombra,
mira dó quier impaciente.
Recela que todo el mundo
empeño en burlarle tiene,
y que de Doña Isabel
no es el amor muy ardiente.
Así sin descanso vive,
que no es posible que reine
la confianza entre dos almas,
si una de ellas duda y teme.
Pero dejemos que todos
en el santuario penetren,
y que el descanso de un dia
la fuerza á sus miembros lleve.

III.

El sol ácia el Ocaso ya declina:
de entre confusas nubes
su escaso resplandor leve ilumina
de la abrasada tierra
la atmósfera ya opaca, purpurina.
Las aves que en su canto placentero
dicen adios al moribundo dia,
melancólica y triste el alma dejan,
con su rïente y plácida armonía.
La sombra, que del sol el rayo ardiente
en su cenit, apenas
de aquella selva encantadora rompe,
mas confusa al morir por Occidente
su opacidad difunde;
y el murmurio frecuente
del arroyuelo manso,
del viento en el silvido se confunde.
Al pie de verdes alamos sentados,
de hondas meditaciones
al influjo fatídico entregados,
dos nobles caballeros
se miran en silencio sepultados.
Aun de la vida se hallan

en la alegre y fecunda primavera,
y há tiempo que batallan,
el uno por vencer su pasion fiera,
y el otro por trazar con mano amiga
á aquel ardiente amor otra carrera.
Vanos hasta hoy han sido los consejos;
vano mirar del porvenir sombrio
la inmensa lontananza:
sin fé, sin fuerzas, agotado el brio,
aun en el corazon para su ruina,
se adormece quimérica esperanza.
Es su pasion el sueño de su vida;
es el preciso aliento
que ser le presta al pecho enamorado;
y al acaso una lágrima perdida,
de compasion no mas un leve acento,
bálsamo es al corazon llagado.
¡Cinco años de tormento y de agonia:
cinco años de sufrir, de sed ardiente,
y cual Tántalo ver dè noche y dia
el arroyo riente,
y no poder el labio caluroso
humedecer en su fugaz corriente!..
Mudo silencio reina
de aquel espacio en el recinto breve,
y aunque sufre D. Cárlos y se agita,

el Marqués á romperle no se atreve.
De pronto entre las ramas sacudidas
suenan pasos ligeros:
«¡*Mal haya* el insensato,
que aun este bien le niega á mis heridas!
Dice el Principe, y mira y se estremece;
por entre escasas ramas,
que suave el viento al deslizarse mece,
una altiva hermosura
ante sus ojos súbito aparece.
Un ¡ay! se escapa del nevado seno;
y al repetirle el viento que cruzaba,
en otro corazon de angustia lleno,
como agudo puñal el ¡ay! se clava.
Levántase D. Cárlos sorprendido
de aquella aparicion «¿sois vos?» profiere,
y de gozo y temor sobrecogido,
la escasa voz entre sus labios muere.
«¡D. Cárlos; vos!..» la dama le replica;
y su acento agitado,
del corazon el sufrimiento indica.
Era la vez primera
que el Principe se hallaba sin testigos
con la dama hechicera
que fué su amor y que perdida llora.
El fuego que combate,

y un mundo de ilusiones atesora,
su esfuerzo último abate,
y la vé, y enmudece y siente y llora.
La Reina al fin de su estupor tornando,
al Príncipe le dice
con triste voz y con acento blando:

La Reina.

¡Don Cárlos; vos aqui!

El Principe.

Lejos del mundo,
aqui en la oscuridad corre mi llanto,
y mis ayes confundo;
y al compás de pintados ruiseñores,
como el cautivo mis pesares canto.

La Reina.

¿Vos pesares, D. Cárlos? Yo creia,
que el hijo y sucesor del gran Felipe;
el que á su frente un dia
ceñirá la corona de Isabela,
su corazon y su alma belicosa
de gloria á la ambicion solo abriria.

El Principe.

¿Os burlais?

La Reina.

¿Yo burlarme? Pero os hallo
metido en una selva, aqui gimiendo

como pudiera criminal vasallo.

EL PRINCIPE.

¿Y quien mas criminal?

LA REINA.

Basta; os entiendo.

EL PRINCIPE.

¡Oh!... no Señora: mi valor se agota:
cinco años de sufrir: tan larga lucha
el sentimiento embota;
mas, ay si al corazon solo se escucha
del respeto la valla una vez rota.

LA REINA.

Basta, Principe, ya.

EL PRINCIPE.

Reina, no basta.
Hoy por la vez primera
puedo decir el mal que me aniquila:
tambien será, lo juro, la postrera,
pues con alma tranquila
iré á buscar el fin de mi carrera.

LA REINA.

¿Estais en vos, Don Cárlos?

EL PRINCIPE.

Reina, oidme,
como se oye en su lecho al moribundo,
y despues despedidme:

¿Qué me importa del hombre, ni del mundo?
Hubo unas horas que mentido sueño
en mi mente ardorosa despertaron,
y en celestial beleño
mis ávidos sentidos albagaron.
Con religion, con ánimo sincero,
de la ilusion que á mis sentidos vino,
burlado Caballero,
paso á paso seguí todo el camino.
Era grande á mis ojos cuanto via;
el aire que mi pecho respiraba,
embalsamado ambiente parecía;
en todo entonces sin mirar gozaba:
¿Sabeis, Reina, por qué? porque creia.
Hoy yá la venda se rasgó á mis ojos;
hoy del amor el santo juramento,
de la amistad los lazos,
como caña que agita el rudo viento,
caen al choque menor hechos pedazos.
Reina, yo yá no creo: el pecho mio,
cual de la tumba la insensible losa,
de amor y de amistad al sentimiento
lo dejó el desengaño inerte y frio.
¡Ay del alma que pierde en un momento,
su fé en los hombres, su esperanza y brio!



La Reina.

Principe, ¿y qué quereis?

El Principe.

Nada, Señora;
nada ambiciona el corazon llagado;
llorar es ya mi suerte; mi destino
en vil oscuridad morir jimiendo,
y por él arrastrado,
lloro, pues con mi llanto à nadie ofendo.

La Reina.

¿Y no hay nadie que sufra
tanto cual vos y padeciendo calla,
y por ahogar sus lágrimas
con su deber y su dolor batalla?

El Principe.

¡Cielos!... ¿Será verdad?.. ¡Oh! repetidlo,
ved que vuestras palabras, Isabela,
ó la vida ó la muerte van á darme.
¿Es cierto, Reina, que cual yo padecen?
¿es cierto que hay algunos
que mi llanto y mis penas compadecen?

La Reina.

Yo no os hablo de vos: cual noble Principe
debeis vuestros pesares en el alma
esconder para siempre,
y con tranquila, con serena calma,

de vasallos lëales
que vuestro apoyo buscan,
desvanecer ó remediar los males.

EL PRINCIPE.

¡Ya os entiendo, Señora: me engañaba!
¡era, entregado á mi capricho, un loco!
¡Imbécil, no miraba
que á mover vuestro pecho,
eran mi llanto y sufrimiento poco!.....

LA REINA.

Principe, en Flandes á raudales corre
la sangre de los nobles y pecheros.

EL PRINCIPE.

¿Y qué me importa que su sangre borre
de aquel pais los ásperos senderos?
Sufran cual sufro yo; cual yo padezcan;
y como yo sumisos,
del destino las leyes obedezcan.

LA REINA.

No lo consentireis; vos el encono
ireis á detener del Duque de Alba;
y cuando esteis sentado sobre el trono,
vereis á aquellos pueblos adoraros,
y su padre benéfico llamaros.
Su llanto enjugareis.



El Principe.

¿Y el llanto mio
quien enjugó hasta aqui? ¿quien adelante
querrá tender su mano cariñosa,
y arrancar este dardo penetrante?

La Reina.

Ireis, Prìncipe, sí, yo lo deseo;
quiero que conquisteis gloria y laureles.

El Principe.

Obedezco! tal vez menos crueles
las orillas serán que el Rin fecunda.

La Reina.

¡Siempre morir!....

El Principe.

Es mi única esperanza,
y en la verdad para mi mal se funda....
¿Y no podré decir antes que parta
el dolor que aqui llevo?
¿No podré al despedirme de estos lares,
á una ingrata decir por la vez última,
qué fin busco en la muerte á mis pesares?

La Reina.

¿Ah: si: se lo direis!...

El Principe.

Gracias, Señora:
cumplid vuestra palabra; yo la mia

antes que luzca la tercera aurora
cumplida dejaré, pues vuestro labio,
lejos de España á combatir me envia.

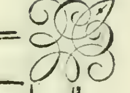
—

Dijo, y la Reina, de la selva espesa
se pierde en el confuso laberinto;
y al verla retirarse,
y al Marqués acercarse:
—«Marqués, será el postrero,
el último quejido
que saldrá de mi pecho lastimero.»
Dice el Principe —«Ahora
¿me seguireis?» —
—«Hasta la ardiente zona.»
—«¡Cuantos creerán que en la flamenca tierra
voy tal vez á robar una corona!...
¡Imbéciles, no ven que solo busco
muerte segura en azarosa guerra!..»

—

Y en el Marqués el Principe apoyándose,
de la selva saliendo,
al convento de Yuste fué acercandose.





CAPITULO VII.

La carta y la llave.

Empieza en débiles ráfagas
el albor de un nuevo dia,
y á su luz su lozanía
las flores cobrando van.
Con trinos y alegres cánticos,
desde la verde enramada,
los pájaros la alborada
celebran allí á compás.

—

De la embalsamada atmósfera
es el ambiente oloroso,
y dentro del bosque umbroso
la luz apenas se vé:
y cayendo de los árboles
el fresco y blando rocio,
le dá con su aliento frio
á las plantas nuevo ser.

—

De su guarida recóndita
sobre la tierra asomando,
van por el suelo cruzando
el uno y otro reptil;

y del poder del Altísimo
gozando están los favores
insectos, plantas y flores,
de diferente matiz.

—

Ora al Sol, la tierra pródiga
rey de los astros aclama,
que bienes sin fin derrama
debajo del cielo azul;
y con sus trinos los pájaros,
y el bosque con su espesura,
y el campo con su verdura,
bendicen su ardiente luz.

—

Al pie de unos mirtos débiles,
que cercan marmórea fuente,
y en su estancada corriente
recobran nuevo verdor,
sentado en banco de céspedes
está un joven, distraido,
segun las señas, sumido
en honda meditacion.

—

Sus lábios se agitan trémulos
por un audaz pensamiento;
su pecho late violento

por el temor ó el pesar:
y en su mirada simpática,
por la ansiedad comprimida,
se vé que alguna medida
terrible halagando está.

—

Luce en su pecho, magnífica,
la Cruz de la Orden de Malta,
que mas su blancura esmalta
sobre el bordado jubon;
y aunque muere apenas lóbrega
la sombra de noche oscura,
pende ya de su cintura
el acero matador.

—

—«No, no será: esclama súbito;
«porque yo con mano fuerte
«sabré desviar la muerte
«que amenaza su ecsistir:
«y si de mi plan soy víctima,
«sintiendo su beneficio
«la Flandes, mi sacrificio
«bendecirá ya feliz.

—

«Don Carlos es hoy el único
«que en tan desecha tormenta,

»para Flandes se presenta
«cual puerto de salvacion:
«ecsaltaré aqui sus ánimos,
»y aunque del Noto que zumba
»yo á los furores sucumba....
»quede él libre y triunfador.

—

»Mas mucho tarda, y ya rápido
«el Sol remonta su vuelo,
«y muy pronto en medio el cielo
«nos abrasará su luz.
«¡Duque de Alba!.... breve término
«le queda ya á tus venganzas;
»y, ó fallan mis esperanzas,
«ó he de ganar este albur.»

—

Dice, y sonrisa sarcástica
cruza sus labios, ligera,
y aparta su cabellera
de la pensadora sien:
y al sentir que aprocsimándose
viene alguno ácia aquel lado,
con impulso acelerado
se pone al punto de pié.

—

El que se acerca es el Príncipe:

el que le aguarda el de Poza,
que en su proyecto se goza,
de á Flandes libre mirar:
y allá en su mente volcánica,
piensa su genio sublime,
que el yugo que ora la oprime
Flandes al fin romperá.

—

D. Cárlos llega, y mirándole,
nadie en el mundo diria
que amante melancolia
su juventud agostó;
pues de la esperanza al bálsamo
que se ha vertido en su pecho,
es hoy lugar muy estrecho
la carcel del corazon.

—

Radiantes están de júbilo
su frente y rasgados ojos:
de sus amantes enojos
ni aun la huella queda ya:
sus miradas antes lánguidas,
revelan hoy su ventura,
y su juvenil figura
respira contento y paz.

—

La mano al Marqués tendiendole,
D. Cárlos al banco llega:
levemente se doblega
para estrecharla el Marqués.
Y sobre el mármol sentándose,
cual dos íntimos amigos,
sin importunos testigos,
ván su diálogo á emprender.

El Principe.

Mucho he tardado: mis párpados
abiertos tuvo el desvelo,
pues un rayo de consuelo
miré, Rodrigo, lucir.

El Marqués.

No os importe; aquí mis cálculos
dentro mi mente bullian,
y entre aromas se mecian
de este fragante jardin.

El Principe.

Perdóname, si aun incrédulo,
pues la desgracia me apura,
de mi prócsima ventura
temiendo y dudando estoy:
responde que no es quimérica
de mis amores la gloria,
y que siempre en su memoria

reiné yo como Señor.

El Marqués.

¡Ah!.... no es ilusion, oh Principe:
pero esa ardiente violencia,
si no usais de gran prudencia,
males sin cuento os dará:
que en torno de vos hay pérfidos
que con las vidas trafican,
y nuestros pasos esplican
ante feroz tribunal.

—

Cuanto mayor y mas prócsima
es la ventura en el mundo,
mucho mayor y profundo
debe el disimulo ser:
y si imprudentes ó imbéciles
hoy, Principe, la perdemos,
inútilmente querremos
volver á asirla otra vez.

—

Asi, escuchadme, y si órdenes
hoy os dictase mi acento,
es porque menos violento
late el corazon en mi:
y en la lucha problemática
que comienza en este instante,



gozad vos dichas de amante,
dejadme á mi discurrir.

—

La Flandes, con llanto lúgubre
os tiende, Señor, los brazos,
pues con sanguinarios lazos
ahogan su religion:
la Reina tambien, benéfica
tal gloria á vos encomienda,
y espero que en la contienda
quedeis al fin vencedor.

—

Del Duque de Alba la cólera
mas cada vez se acrecienta,
y como recia tormenta,
los pueblos diezmando vá.
Y vos que muy pronto, Principe,
habreis de ocupar el trono,
¿no pondreis dique al encono
de ese feroz capitan?

—

¡Ah!.... sí: lo advierto en la rápida
mirada que se desprende
de vuestros ojos, y enciende
tambien mi pecho en furor:
lo miro en el fuego bélico

que allá en vuestra primavera,
fué la delicia primera
de vuestro gran corazon.

—

El Principe.

Sí, Marqués: los votos sinceros
de los flamencos acojo,
y con efusion me arrojo
sus males á remediar:
pero antes el adios último
quiero dar á mis amores,
pues le juzgo á mis dolores
el solo alivio capaz.

—

El Marqués.

No quiero los goces plácidos
turbar de vuestra alegria,
que fuera en mí alevosia
recuerdos aqui traer:
pero no olvideis que tétrica
la muerte reina en España,
y que esgrime su guadaña
sobre ruin y altiva sien.

—

No olvideis que aqui hay fanáticos
por su oscuridad guardados,

en espias trasformados
de la Santa Inquisicion:
y que la ignorancia estúpida
que dirije su venganza
al pobre pechero alcanza
como al altivo Señor:

—

No desprecieis las sacrílegas
palabras de altaneria,
que en un auto de fé, un dia
se oyó pronunciar al Rey:
»*Yo mismo cual buen católico,*
«*si delinquiera,* el Rey dijo,
«*para quemar á mi hijo*
«*la leña conduciré.*» (4)

—

Aqui llegaba la plática,
cuando del verde ramaje
un joven y lindo paje
se adelantó hácia los dos:
y á D. Cárlos acercándose,
con picaresco talante,
mas á la luz su semblante
lleno de vida mostró.

—

«¿Quién sois?,» le pregunta el Principe

de aquella accion admirado.

El Paje.

Soy mensagero encargado
de un misterioso papel.
Vuestra habitacion espléndida
corrí en alas del deseo,
pues quiero que el nuevo empleo
crédito y honra me dé.

El Principe.

Dadme acá, page agudísimo,
que de esa frente serena,
consuelos para mi pena
presagia yá el corazon.

El Paje.

Tomad, Señor; y á la súplica
dadme respuesta cumplida;
porque se encuentra una vida
pendiente del sí ó del nó.

—

«¿Qué estoy mirando: es un vértigo?»
dice el Príncipe leyendo:
«¿Es ilusion lo que viendo
mis ojos, Marqués, están?
¡una cita!.. di: respóndeme,
¿quien eres? vienes acaso
en pos de mi incierto paso

como delator falaz?..»

—

El Paje.

Señor, en la régia cámara
de su Magestad asisto,
y sus blasones me visto,
y sus colores tambien.

El Principe.

¿De la Reina?

El Paje.

De ella, Príncipe.

El Principe.

¿Y quién hasta mi te envia?

El Paje.

Quien espera su alegria
mirar colmada esta vez.
De una hermosura las lágrimas
ha de enjugar vuestra Alteza,
si con sigilo y presteza
lleva la cita á su fin.

El Principe.

¿Y quién te mandó? repíteme.

El Paje.

La que en eterna clausura
llora su mala ventura
y su destino infeliz.

El Principe.

¿Y no has pensado en el cúmulo
de males que te rodean?

El Paje.

Señor, por grandes que sean,
es mas grande mi valor.
Tomad tambien de la Cámara
de su Magestad la llave.

El Principe.

Niño, tu riesgo es muy grave.

El Paje.

No temais; no temo yo.

El Principe.

Ahora bien: atencion préstame:
Ir á la cita prometo;
pero llevas un secreto
dentro del pecho esta vez,
semejante á aquel narcótico
de veneno y fuerza tanta,
que el débil vaso quebranta,
donde encerraba su hiel.

El Paje.

Bendigo el hado benéfico
que hoy entre los dos coloca
un secreto, que á mi boca
no se ha de atrever jamás.

El Principe.

De dar á entenderle guárdate:
olvida que le has oido:
piensa que nunca ha existido...
basta ya: puedes marchar.

—

Y con ademan enérgico
tendióle al Page la mano,
que aprendiz de cortesano,
el niño al punto besó;
y deslizándose rápido,
como asustada gacela,
el page á dar cuenta vuela
de su arriesgada mision.

—

Suspenso se queda el Príncipe,
y mira al Marqués, y calla,
y su corazon batalla
entre dudas y placer,
que es la partída harto lóbrega,
pues á un azar sospechoso
van á jugar el reposo,
y la cabeza tal vez.

El Principe.

¿Qué dices?.... Llegó ya el término
de arriesgar nuestro destino.

El Marqués.

No equivoqueis el camino,
si hemos de lograr el fin.

El Principe.

¿Temes que algun lazo pérfido
me hayan en esto tendido?....
Pues bien, está decidido....
no iré, Marqués.

El Marqués.

Señor..... id.

—

Y al ver la mirada rápida
que entrambos se dirigieron,
ambos á dos la entendieron
como el discurso mejor:
Despues al Palacio gótico,
que se destaca jigante,
del enamorado Infante
camina el Marqués en pos.



CAPITULO VIII.

Un desengaño en amor.

Por entre vidrios pintados
de mil diversos colores,
la luz del sol de dibuja,
que huyendo del Orizonte
por el espacio vacio,
su ardiente fuego traspone.
De una reducida estancia
riquisimos almohadones
el pavimento tapizan
con sus bordados enormes.
Arden perfumes dó quiera,
y al aspirar sus olores,
los miembros se debilitan
y se entorpecen las voces.
Solo al amor se despiertan
los sentidos, al acorde
víbrar de amorosas cántigas
que el mudo silencio rompen.
De un laud, se lleva el viento
los melancólicos sones,
que están placer demandando
al incauto que los oye.
Sobre un cogin reclinada,

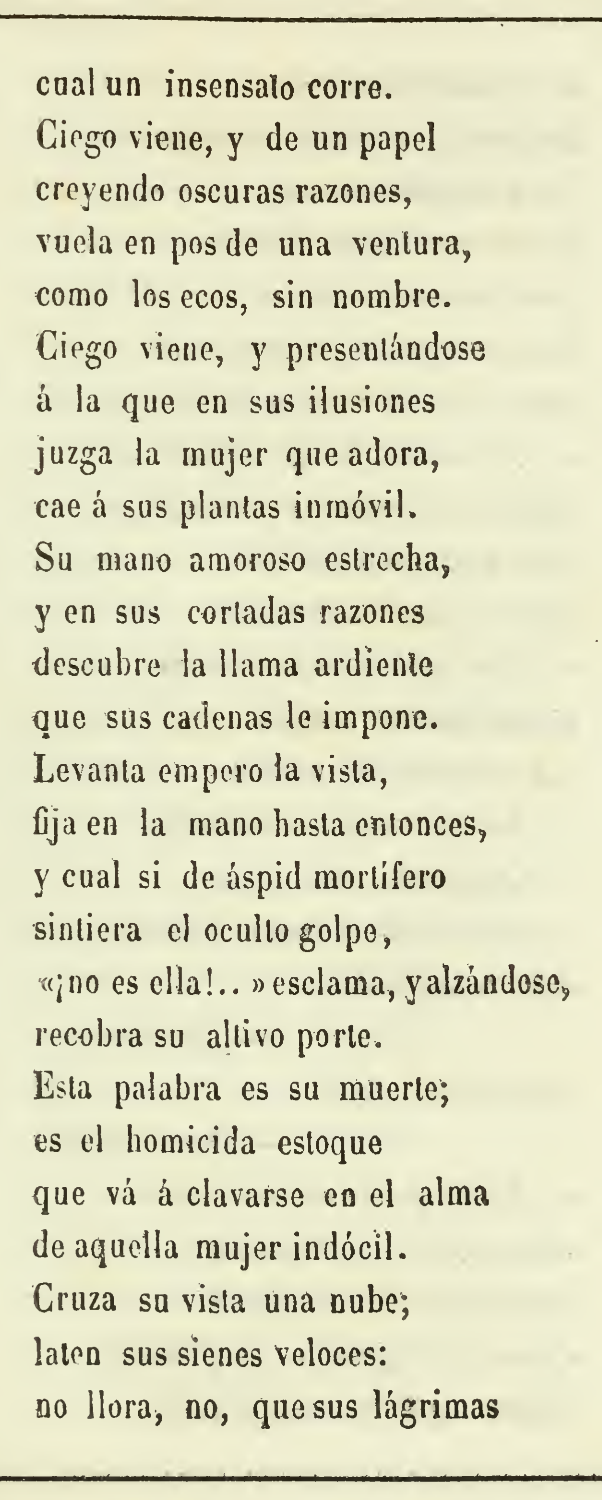
gozando en sus ilusiones,
se vé á Doña Ana Mendoza,
brillante sol de la Corte.
Leve ropage la ciñe,
que orgulloso de su escote,
sobre las formas divinas
con avidéz se recoge.
Dibuja el mezquino talle,
el pecho nevado y doble,
desnudo el brazo, la espalda
de ardíentes antojos norte.
Dibuja tambien del seno
las hondas palpitaciones,
que siendo estrecha la cárcel
no hay fuerza que allí las dome.
¡Cuanto dieran de Castilla
los apuestos Infanzones,
por sorprender los encantos
que el leve crespon esconde!...
¡Cuantos habrá, que envidiosos
maldecirán á Ruy Gomez,
que bebe en aquella boca,
sin que el respeto le estorbe.
No es mas fragante el clavel
cuando su caliz al choque
se abre del blando rocío,

que aquellos labios de flores.
Mudo placer los agita
al resonar las canciones,
que el eco vago arrebata,
y en alas del viento corren.
Los ojos al cielo alzados;
la vista en el techo inmóvil;
el párpado humedecido
por lágrima audaz, que rompe
los diques del corazon,
revelan ocultos goces.
Alegre, impaciente se halla,
que espera al gallardo joven,
que ha de jurar en sus brazos
ser obediente á sus órdenes.
¡Deslumbradora hermosura!....
No habrá galan que no arrostre
la muerte, por conseguir
que escaso favor le otorgue.
Un hombre empero tan solo
la hace olvidar sus blasones,
y despechada lanzarse
sin freno que la reporte.
Y si ella es la mas hermosa,
y de linage mas noble,
tambien su amante en las gradas

del trono su planta pone,
que á menos altiva empresa
no es bien que su orgullo doble.
Primera cita es de amor,
de amor ardiente que roe,
con su volcánico fuego,
el corazon que le acoge.
Ni un acento, ni una queja
dió á conocer sus dolores,
que cuando es tan grande el fuego,
son imposibles las voces.
Los ojos fueron intérpretes;
y los del galan, traidores
la llama ardiente descubren,
aunque es su lenguaje informe.
¿Quien sino ella ha de inspirarla?
¿Quién será la que se arroje
á disputarla aquel triunfo
sin que su rabia provoque?
Amar hasta enloquecer,
y sin poder que lo estorbe,
á impulsos de su pasion,
aventurará su nombre.
Aborrecer si la engañan;
pero con tales furóres,
que no hallará en su despecho

barrera para sus golpes.
A esta idea que en su mente
cruza un instante, veloces
sus labios se tornan trémulos,
y el vivo carmin deponen.
¡Horrible es su pensamiento;
y ¡ay! del que incauto trastorne
los amorosos ensueños,
que alhagan su pecho indócil!
«Pero no: me ama» sus labios
dicen apenas, y rompen
la nube que oscurecia
sus peregrinas facciones.
Lucen otra vez sus ojos,
y cual tras callada noche
la aurora mas resplandece
con sus pintados colores,
así es mas brillante el fuego
de aquella pupila inmóvil.
Leve sonrisa sus labios
fugaz otra vez recorre,
y al escuchar que cercanas
suenan pisadas veloces,
su sangre se agita, y rápido
un temblor su cuerpo corre.
Fiera ansiedad la consume,

y en los dinteles de roble
fijando la vista, espera
dar término á sus dolores.
Los pasos van acercándose,
y cuanto mas claros se oyen,
se aumenta su agitacion,
se acrecen mas sus temores.
¡Quién pudiera del destino
romper las puertas de bronce,
que ocultan del porvenir
las hondas combinaciones!..
No combatiera ese pecho
tanta incertidumbre entonces.
Pero el momento se acerca,
y al girar sobre sus goznes
la puerta maciza, un ¡ay!
del corazon escapósele.
Escasa es la luz que alumbra
de aquel salon las labores,
y á su crepúsculo incierto,
que apenas el humo rompe
de los ricos pebeteros,
penetra en la estancia un hombre.
Es el Príncipe D. Cárlos,
que el régio orgullo depone,
y en alas de su delirio



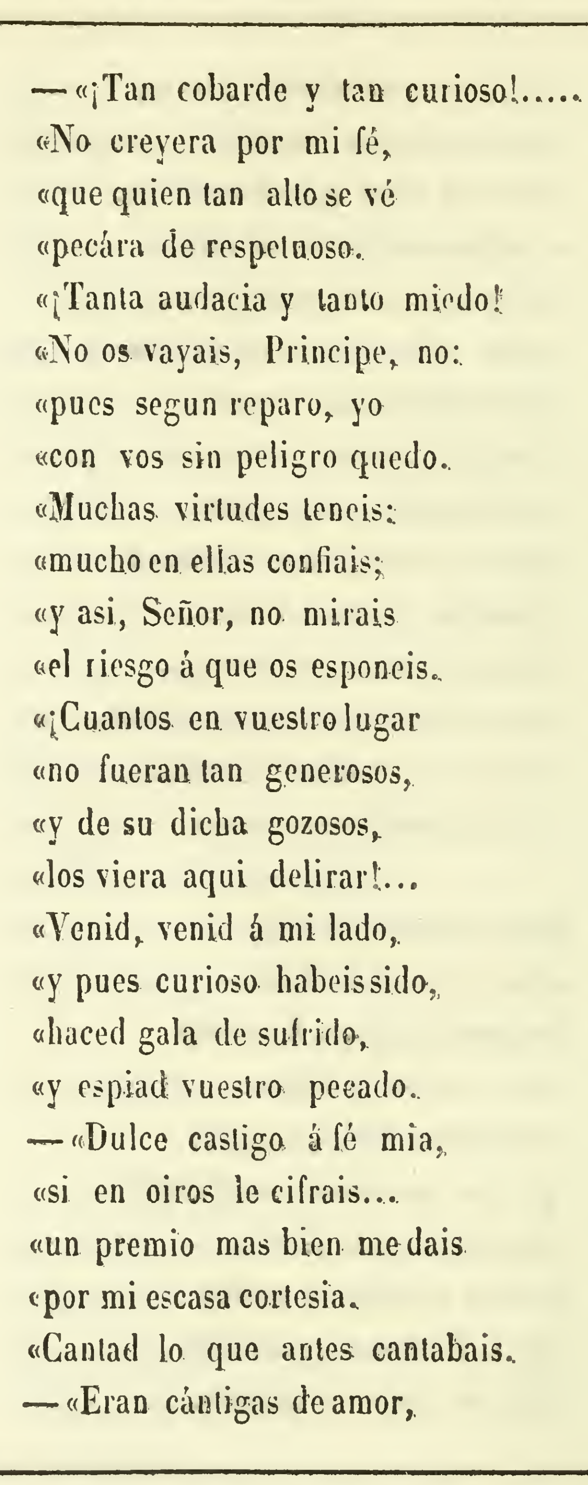
cual un insensato corre.
Ciego viene, y de un papel
creyendo oscuras razones,
vuela en pos de una ventura,
como los ecos, sin nombre.
Ciego viene, y presentándose
á la que en sus ilusiones
juzga la mujer que adora,
cae á sus plantas inmóvil.
Su mano amoroso estrecha,
y en sus cortadas razones
descubre la llama ardiente
que sus cadenas le impone.
Levanta empero la vista,
fija en la mano hasta entonces,
y cual si de áspid mortífero
sintiera el oculto golpe,
«¡no es ella!..» esclama, y alzándose,
recobra su altivo porte.
Esta palabra es su muerte;
es el homicida estoque
que vá á clavarse en el alma
de aquella mujer indócil.
Cruza su vista una nube;
laten sus sienes veloces:
no llora, no, que sus lágrimas

al corazon se recojen,
sin que á la ardiente pupila
una tan solo se asome.
Parece que airado el Cielo,
á violentas sensaciones
destina aquella hermosura,
para que su orgullo domen.
—«No es ella, decis, Señor?....
«¿Asi en mi estancia os entrais,
«y el sagrado profanais
«de mi purísimo honor?....
—«Perdonadme si arrastrado
«por el acorde sentido
«de ese laud, he venido
«y vuestro enojo he causado.
—«Que estaba sola sabiais.
—«¿Por donde ó como, Señora?.....
«La casualidad.....
—¡Traidora
«casualidad!....
—¿Pensariais?
—«Nada que á vos os ofenda.
«Casualidad fué el entrar;
«casualidad fué el gritar
«¡no es ella! ¿cual es la prenda,
«Señor, que buscando vais?

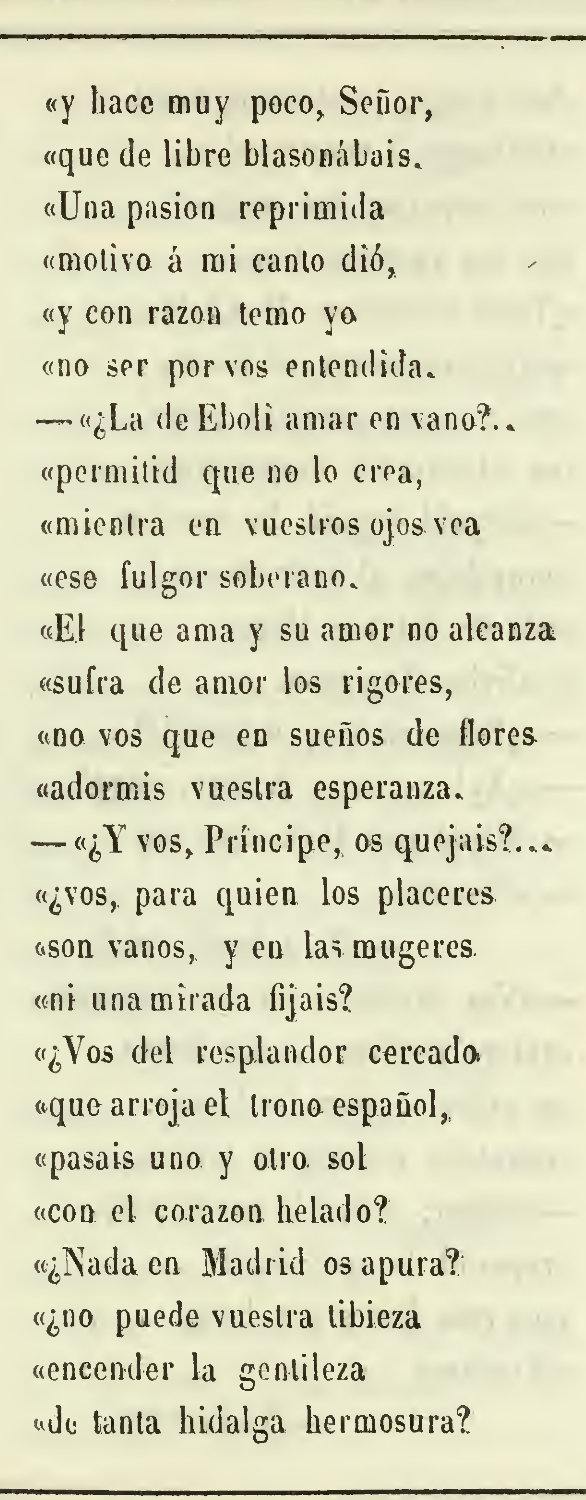
«Será de encumbrada altura,
«porque á una humilde hermosura
«no está bien que descendais.
—«Princesa, fatal estrella
«dó quiera mis pasos guia,
«y en vano yá en mi agonía
«pretendo luchar con ella.
«Vengo á turbar insensato
«vuestro solaz, la ventura
«que en esta dulce clausura
«buscaba vuestro recato.
«Conozco el daño, Señora,
«que os hizo aqui mi presencia,
«y asi, con vuestra licencia,
«voy á remediarle ahora.»

—

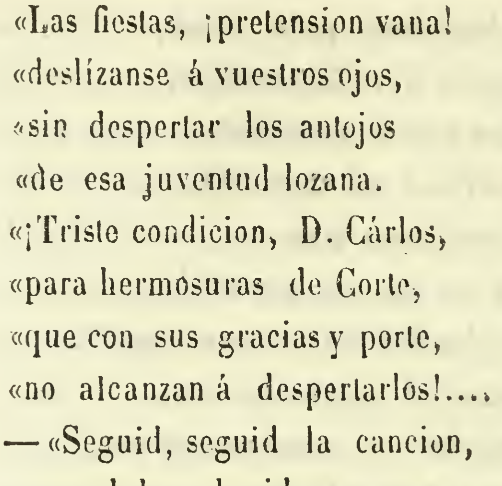
Esto dijeron los dos;
ella con sentido doble,
temiendo que su despecho
del corazon la rebose,
y él como leal, juzgando
que fué en acudir muy torpe.
Al retirarse D. Cárlos,
la voz revibrante se oye
de la Princesa, que triste,
dice en cortadas razones.



—«¡Tan cobarde y tan curioso!.....
«No creyera por mi fé,
«que quien tan alto se vé
«pecára de respetuoso.
«¡Tanta audacia y tanto miedo!
«No os vayais, Principe, no:
«pues segun reparo, yo
«con vos sin peligro quedo.
«Muchas virtudes teneis:
«mucho en ellas confiais;
«y asi, Señor, no mirais
«el riesgo á que os esponeis.
«¡Cuantos en vuestro lugar
«no fueran tan generosos,
«y de su dicha gozosos,
«los viera aqui delirar!...
«Venid, venid á mi lado,
«y pues curioso habeis sido,
«haced gala de sufrido,
«y espiad vuestro pecado.
—«Dulce castigo á fé mia,
«si en otros le cifrais...
«un premio mas bien me dais
«por mi escasa cortesia.
«Cantad lo que antes cantabais.
—«Eran cántigas de amor,



«y hace muy poco, Señor,
«que de libre blasonábais.
«Una pasion reprimida
«motivo á mi canto dió,
«y con razon temo yo
«no ser por vos entendida.
—«¿La de Eboli amar en vano?..
«permitid que no lo crea,
«mientra en vuestros ojos vea
«ese fulgor soberano.
«El que ama y su amor no alcanza
«sufra de amor los rigores,
«no vos que en sueños de flores
«adormis vuestra esperanza.
—«¿Y vos, Príncipe, os quejais?...
«¿vos, para quien los placeres
«son vanos, y en las mugeres
«ni una mirada fijais?
«¿Vos del resplandor cercado
«que arroja el trono español,
«pasais uno y otro sol
«con el corazon helado?
«¿Nada en Madrid os apura?
«¿no puede vuestra tibieza
«encender la gentileza
«de tanta hidalga hermosura?



«Las fiestas, ¡pretension vana!
«deslízanse á vuestros ojos,
«sin despertar los antojos
«de esa juventud lozana.
«¡Triste condicion, D. Cárlos,
«para hermosuras de Corte,
«que con sus gracias y porte,
«no alcanzan á despertarlos!....
—«Seguid, seguid la cancion,
«muy dulce al oido suena,
«está de delicias llena,
«y alivian el corazon.
—«¿Estais en vos, ó pensais?..
—«¡Ay!.... loco, Señora, estoy!...
—«Mirad que Doña Ana soy.
—«Dejadme.
—¿Y á donde vais?
—«Vos lo sabeis; yá me aguarda..
«quiero respirar... mis sienes
«se arden... ¡para los bienes.
«cuánto la ocasion se tarda!..
—«Señor; mirad lo que haceis;
«reparad lo que decis:
«con esas frases me heris
«el corazon.
—Ya lo veis:

«burlando estais de mis penas.
—«¿Burlarme de vos, Señor,
«cuando de insensato amor
«arrastro yo las cadenas?
—«¿Vos amais?
—¡Ah!... con delirio.
—«Pero os adoran tambien.
—«Esa palabra...
—¿Es un bien
«que endulza vuestro martirio?...
«Pero yo.... ¡triste de mi!....
«Princesa, padezco mucho,
«y en vano por vencer lucho
«el fuego que abrigo aqui.
—«¿Y á qué?... cuanto mas altiva
«la pasion pone su anhelo,
«es mas seguro su vuelo.
—«Callad...
—¿Y porqué!... si esquiva
«vuestra pasion rechazára,
«el callar fuera razon.
—«Si al menos por compasion
«mis súplicas escuchára..
—«¿Por compasion?... Pues qué ya
«no hay entre los dos secreto..
—«Seguid, seguid..

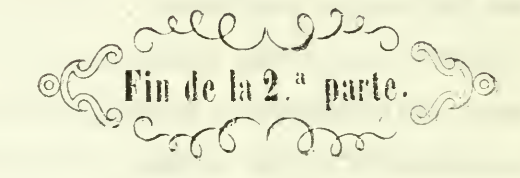
—El respeto
«sellando mi labio está.
—«¡Por piedad!....os complaceis
«con esa estudiada calma
«en ir rasgándome el alma.
—«¿Pues qué mas de mi quereis?
«¿No os basta que de un papel
«á este camarin llamado?...
—«¿Luego ella ós ha encomendado?..
«¿Luego confidenta fiel
«de su desgraciada suerte,
«quereis aliviar sus penas?.....
«Romped, romped sus cadenas...
—«Se romperán.... (con la muerte!)

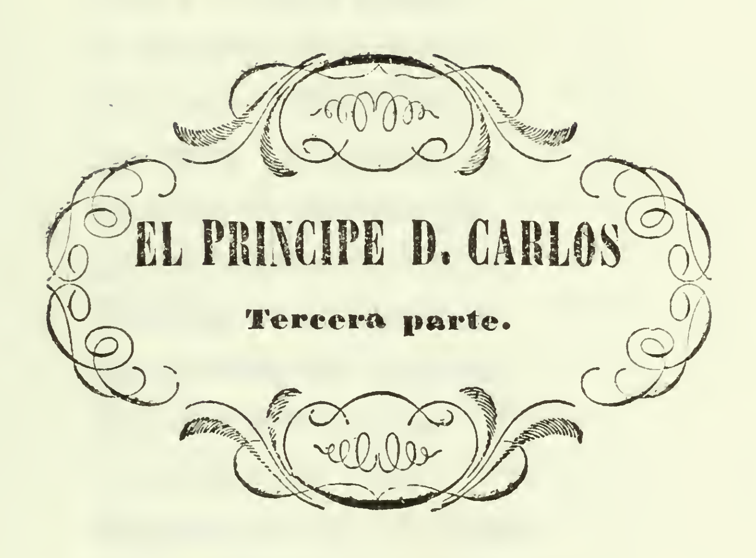


Dice, y prócsima á salir,
al corazon se recoge
desde sus labios, la dulce
confesion de sus amores.
Hubo un punto en que engañada
por falaces ilusiones,
juzgó ser Doña Ana el ídolo
de aquel insensato joven.
Pero al oir sus palabras,
conviértese en duro bronce
su corazon; y su pecho

queda de dolor sin voces.
Mira al Príncipe irritada;
y con bien claras acciones
y gesto glacial, le indica
que sobre sus pasos torne.
Pensando él que de su dama
proceden aquellas órdenes,
humilde se inclina y parte
cercado de mil temores.
Quédase ella sepultada
en hondas cabilaciones.
«¡No era yo!..., ¿quien la atrevida
«será que á mi bien se opone?...
«No hay mas que una... Solo una,
«que humillada no se postre,
«y delirante no admita
«su declaracion por órden...
«¡Si será!..... Doña Isabel!....
«muy orgulloso es tu porte...
«mucho en tu virtud confias,
«pero es preciso que llores!...
«¡Ella es!» Un pensamiento
rápido su mente acoje.
«Rey D. Felipe,» murmura;
«yo, haré que tu enojo brote.»
«*Aborrecer, si me engañan,*

«pero con tales furores,
«que no hallaré en mi despecho
«barrera para mis golpes.»
Esto dice, y sus cabellos
y su ropage compone,
que asi como en sus palabras,
en ellos reina el desórden.
«Le veré, añade, y ¡ay de ellos!
«si son ciertos mis temores»
y con vacilante paso
del camarin alejóse.




EL PRINCIPE D. CARLOS
Tercera parte.

EL AUTOR AL LECTOR.

En esta historia que ahora
te voy, lector, relatando,
harémos aquí un paréntesis,
corto en verdad, de tres años.
Dejo á tu mejor criterio
el discurrir, sin embargo,
qué de conflictos habria,
qué sustos y sobresaltos,
al mirar el *quid pro quo*,
que tuvo amante D. Cárlos.
Píntenlos otros, si quieren,
que yo estas cosas dejando,
voy sobre datos seguros
á continuar mi relato.
Despues que con tal torpeza
dió el Príncipe un golpe en vago,
y de Doña Ana el cariño
hirió con un desengaño,
fué su persona el objeto
de proyectos reservados.
Cada paje era un espia,
que con mas ojos que un Argos,
daba cuenta por minutos

de acciones, voces y pasos.
En esbirros convertidos
los tétricos cortesanos,
tenian á vanagloria
contar lo cierto y lo falso.
Era la corte un infierno;
y el Príncipe recelando,
tornóse mas taciturno
con propios y con estraños.
Si en la Cámara asistia,
no despegaba sus labios,
temiendo que el viento mismo
fuera á descubrir sus cálculos.
Delante del Rey Felipe,
como su primer vasallo,
jamas faltaba á rendir
sus respetos cuotidianos:
pero despues que sumiso
este cumplimiento diario
llenaba, por todo el dia
se encastillaba en su cuarto.
Alli del Marqués de Poza
solamente acompañado,
se entregaba á las quimeras
de su porvenir precario.
Tal vigilancia, los planes

de dejar el suelo patrio
desbarató, y su evasion
quedóse solo en conato.
Desde entonces se corrieron,
como hemos dicho, tres años,
y en vez de rendirse al tiempo,
cobraron con él mas ánimo.
Hoy con mas fuerza se agitan
sus proyectos temerarios,
que no es posible vivir
continuamente espiado;
porque una palabra, un gesto,
para seres mercenarios,
es suficiente motivo
de delacion y de escándalo.
Hay quien dice que la de Eboli
se entregó al fin en los brazos
del Rey, la muerte del Príncipe
pidiéndole en holocausto.
Ruy Gomez hoy mas que nunca
es del Monarca privado,
y asi en España, en Madrid,
y en el pueblo y en Palacio,
Doña Ana es la que dirige
aun los asuntos mas árduos.
Ante ella se postran todos,

pues con no visto descaro,
gala hace de una victoria
que hubo de costarle tanto.
Pero á través de sus goces;
en medio del lujo asiático
que su persona rodea,
está el corazon penando.
Una vez sintió en su pecho
de la pasion el encanto,
y á él su nombre y su virtud
hubiera sacrificado.
Pero con mano terrible
del corazon la arrancaron
su ilusion, y otras ideas
la sujirió el desengaño.
Es alma aquella mujer,
y asi como no hay espacio
ni respetos que la arredren,
si dice una vez: «*te amo*;»
asi una vez de su pecho
el sentimiento arrancado,
solo hay vida en aquella alma
para vengar los agravios.
Y no le importa la altura
del ofensor insensato,
que hará de su honra escabel,

para poder alcanzarlo.
El tiempo, que los dolores
mitiga con yerta mano,
mas en ella los irrita
sin poder nunca curarlos.
Juró vengarse, y lo hará;
y aunque es espacio muy largo
tres años que han transcurrido
desque su amor despreciaron,
en Doña Ana es un momento,
es imperceptible un átomo.
Así de entonces con fé,
con incesante trabajo,
siembra en Felipe los celos;
pues un Rey tan poco blando,
lo que á la pasion no dé,
al orgullo ha de otorgarlo.
Pero esto no impide al vulgo
que con imprudente labio
diga dó quier, que la Reyna
los pesares de D. Cárlos
remedia, y que de su esposo
le dá muy poco cuidado.
Pero lector, en juzgar
tales hechos, sé muy cauto,
que el vulgo murmura siempre,



y es en acertar escaso.
En Flandes cada vez peor
andaban los Luteranos,
sin disfrutar un momento
de libertad ni descanso.
En el Principe se fian,
y prudentes emisarios
van y vienen, manteniendo
vivo aquel fuego sagrado.
Al corriente se halla el Rey
de muchos de aquellos pasos.
Espera que su hijo intente
llevar sus planes á cabo,
pues sin evidentes pruebas
es el juzgar arriesgado.
El Principe y el Marqués,
creyendose muy á salvo,
esperan solo el momento
de dar término á sus cálculos.
Ese momento se acerca;
y entrambos solos, cerrados
en la habitacion del Principe,
disponen lo necesario
para sin llamar sospechas
salir del régio palacio.
Un buque en Cádiz espera;

y en buenas letras de cambio
tiene el Marqués convertido
su patrimonio no escaso.
Sus joyas y sus preseas
tiene ya prontas D. Cárlos,
pues nada son estos bienes
cuando la vida jugamos.
Dejémoslos pues aquí;
que su proyecto insensato
puede muy bien estrellarse
ante otro poder mas alto;
y como para nosotros
no hay paredes, ni tejados,
de esa puerta robustísima
las hojas, lector, abrámos.





CAPITULO IX.

Felipe II. y la Princesa de Eboli.

El Sol á su término
veloz yá desciende,
su disco desprende
mezquino fulgor:
y en móviles ráfagas
de nieve y de grana,
su lumbre lejana
de pronto escondió.

—

Del suelo, con rápido
veloz movimiento,
lamiendo vá el viento
la capa feráz:
y el vivo relámpago
que incierto fulgura,
muy prócsima augura
feroz tempestad.

—

Debajo los árboles
se esconde el viagero,
temiendo el sendero
seguro perder:
medrosos los pájaros

su vuelo recogen,
y al punto se acogen
al arbol tambien.

—

Con lúgubre estrépito
el trueno retumba,
y horrísono zumba
feroz vendabal;
y ya adelantándose
la recia tormenta,
el pecho amedrenta
del rudo jayan.

—

De sala riquísima
salvando las puertas,
echemos inciertas
miradas allí;
y lujo magnífico
verémos y flores,
costosas labores,
bordado tapiz.

—

Y góticas lámparas
de rara estructura,
y gran colgadura
de rico tisú:

y mesa tersísima
de marmol y plata,
que formas retrata
del sol á la luz.

—

Allí en dulce plática,
en grandes sillones,
con dos almohadones
debajo los pies,
con faz melancólica
de amor ó de queja,
de estraña pareja
las sombras se ven.

—

Vestido él osténtase
de raso sencillo,
sus ojos un brillo
despiden sagaz:
y en torno girándolos,
su leve sonrisa
es norte que avisa
cercano huracan.

—

El tiempo tiránico,
del hombre verdugo,
le impuso su yugo

con mano cruel,
de nieve blanquísima
poblándole airado,
su pelo cortado,
su barba tambien.

—

Ella es una angélica
divina hermosura;
su esbelta figura
respira pasion;
y triste su párpado,
ardiente, lloroso,
revela que ansioso
se encuentra de amor.

—

¡Asi fuera cándida
su altiva belleza:
asi su fiereza
pudiera esconder!
Pero ¡ay! que sarcástico
su labio se agita,
venganzas medita
con falso doblez.

—

Callemos y oigámosla,
quizá de su acento

sepamos violento
mortífero el plan:
escúchala él, lívido
de enojo y de ira,
mientra ella respira
gozosa de más.

LA PRINCESA.

¿Tampoco mi súplica,
Señor, con vos puede,
que nada concede
Felipe á mi amor?
¿Acaso quimérico
juzgais este aviso,
que un dato preciso
quereis os dé yo?

EL REY.

¿Sabeis vos el cúmulo
de males sin cuento
que un golpe violento
pudiera atraer?
¿Sabeis vos que el Príncipe
es hoy mi heredero:
y un leal caballero
el noble Marqués?

—

¿Sabeis que los ánimos

si imbécil irrito,
los pueblos concito
quizás contra mi:
y rotos los vínculos
que impone el respeto,
me lance en un reto
dudoso en su fin?

—

Mejor quiero mísero
vivir engañado,
que verme arrastrado
por ciego furor.
Que sigan impávidos
su plan bien incierto,
Madrid está abierto,
no tengan temor.

—

La Princesa.

¿Sois vos el magnánimo
Felipe Segundo?
¿Sois vos al que el mundo
se humilla servil?
¿Aquel cuya heróica
triunfante bandera,
la Francia altanera
tembló en San Quintin?

¿Sois vos; y aqui víctima
de agena insolencia,
señal de clemencia
para ella mostrais?
¿No veis que yá rápida
la nube se avanza,
terrible venganza
pidiendo tenaz.?

—

¡Ah, no!: ¿la política
secreta, segura,
que dió la ventura
al pueblo español:
asi por un vértigo,
por una manía,
su esencia en un dia
tan pronto cambio?

—

El Rey.

No cambia mi táctica,
ni es vano capricho,
Señora, que á un dicho
no quiera acceder:
probadme que el Principe
rebelde conspira,
y pronto á mi ira

caer le vereis.

La Princesa.

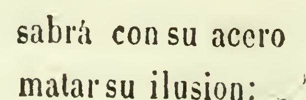
Pues bien, si del público
el riesgo no os mueve,
sufrid que yo lleve
mas lejos mi ardor:
é hiriendo sin lástima
la llaga profunda,
la daga ora os hunda
dentro el corazon.

—

No es yá que fanáticos
pretendan fugarse,
y en Flandes alzarse
con vuestro poder:
no es solo que pérfidos,
su patria olvidando,
se pasen al bando
contrario á su Rey:

—

No es yá que al espíritu
torciendo el camino,
den culto á un indino
ministro de Dios:
sé bien que allí un rígido
terrible guerrero,


sabrá con su acero
matar su ilusion:

—

Otro es de mi súplica,
Señor, el motivo,
por mas que ora esquivo
estais para mi:
que fiel, sin escrúpulo,
callar no me es dado
se atente al sagrado
de un nombre feliz.

El Rey.

¡Mi nombre!... enigmático
está vuestro acento,
y quiero al momento
saber la verdad.
¿Cual es, esplicádmelo,
la mano traidora,
que mi honra, Señora,
pretende manchar?

—

Decidlo, sin réplica:
romped el secreto;
no os pare el respeto
que á mi me debeis:
y pronto, la de Eboli,

Monarca tirano,
al falso, al villano
le arrastro á mis pies.

—

La Princesa.
Pues bien, á decíroslo
por fin me acomodo,
porque es ante todo
del Rey el honor:
y ved que si enérgica
mi voz hoy resuena,
la impulsa la pena
de vuestro baldon.

—

Que quien á mi ánima
con fuego amoroso,
turbóle el reposo,
domó la altivez:
en glorias el único,
en honra el primero,
lëal caballero
el mundo ha de ver.

—

Un hombre, gran Principe,
de orgullo inaudito,
que espera ya el grito

traidor levantar:
con mano sacrílega
se atreve al renombre
que acata todo hombre
sensato y leal.

—

D. Cárlos rindiéndose
incauto al consejo,
y al doble manejo
del falso Marqués;
de llama magnética
probó los rigores,
y á régios amores
rindióse con fé.

—

La Reyna es el ídolo
que adora entusiasta...
supongo que casta
su llama arderá:
pero ¡ay! que volcánica
si llega á sentirla,
escaso á estinguirla
será ya su afan.

—

El Rey:

Callad, por los ángeles,

que estais delirando;
Señora, asi hablando
perdeis la razon:
y observo que al Principe
dañais inclemente.....
y vos indulgente
con otros bien sois.

—

D. Cárlos es súbdito
humilde, discreto,
jamas al respeto
faltóle á su Rey:
y el padre á sus órdenes,
si fuese preciso,
rendido, sumiso,
tendrále tambien.

—

¡La Reyna! frenéticos
oid aclamarla,
y á todos llamarla
la misma virtud.
¡Oh! nunca!... es quimérica,
Señora, esa nueva.

La Princesa.

¿Buscais una prueba?
bien: es tiempo aun.

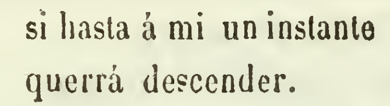
¿O acaso al despótico
poder de sus ojos,
tambien por despojos
mi Rey se rindió?
¡Oh fuera magnífico,
que el viento cambiara,
y en llanto trocara
mis dichas de amor.!

El Rey.

¿Sabeis vos, la de Eboli,
que ya mi paciencia
con tanta ecsigencia
gastando se vá?....
¿Sabeis que es insólita
tamaña osadia,
y que la podria
muy bien castigar?

La Princesa.

Lo sé; aqui despótico
Felipe domina;
su gente asesina
sin causa ni ley:
pero hoy no es al Principe,
pregunto al amante,



si hasta á mi un instante
querrá descender.

—

La afrenta es ya pública;
ninguno aqui ignora
que Isabel desdora
el cetro español:....
gran Rey, me dais lástima;
pues nunca pensára
que impune se ajára
tan noble blason.

—

No sois ya el católico
monarca temido;
en polvo hais hundido
de hoy mas vuestra sien;
no sois el espléndido,
gentil caballero,
que su honra primero...

—

El Rey.
Pues bien, lo seré.

—

No yá en frases débiles
penseis que me fio;
con sangre mi brio



se habrá de saciar;
mas pruebas clarísimas
habreis de ofrecerme,
para convencerme
de tanta maldad.

—

La Princesa.

No en voces efímeras
mi dicho se funda,
es harto profunda
para él mi razon;
y espero que súbito,
aunque algo os ofenda,
rasgarse há la venda
que os ciega, Señor.

—

Asi, perdonádmelo,
si ardiente mi labio
pretende el agravio
dorar que sufrí:
y ya que en el público
de mi se murmura,
que en esta clausura
descanse feliz.

—

El Rey.

Princesa, si pérfidos
labraron mi afrenta,
venganza crüenta
de entrambos habré;
y ¡ay de ellos! si míseros
su aliento villano
se atreve liviano
á tanta altivez.

—

Que tiemblen si el hálito
de impuro cariño
manchó el blanco armiño
del Sólio español:
no habrá á mi propósito
suplicio bastante,
dó apague el infante
su insólito amor.

—

La Princesa.

Asi, ya del águila
las garras diviso;
con sangre es preciso
la afrenta lavar;
asi, del indómito
Felipe segundo,

atúrdase el mundo
al golpe fatal.

—

Ahora sí con júbilo
resuena ese acento;
desde este momento,
cesó mi altivez.
Bendigo con éstasis
mi escasa hermosura,
que tanta ventura
me ha dado esta vez.

—

¿Quereis de su ilícito
comercio una prueba,
que escrúpulos deba
en vos destruir?....
pues bien, cuando lóbrega
la noche mediada
esté, disfrazada
vendré yo hasta aqui.

El Rey.

Princesa, aun benévolo
os doy largo espacio:
pensad: de palacio
ya nadie saldrá:
y ellos si pérfidos

disponen mi agravio;....
ó vos, si con lábio
mentisteis falaz.

—

Dijo el Rey, y tétrica
su frente inclinando,
del cuarto alejando
despacio se fué;
con risa sarcástica
Doña Ana le mira,
al ver que suspira
cual tierno doncel.

—

Y esclama: «¡Qué imbéciles!
«¿Es este el jigante
«que el pueblo ignorante
«por Rey levantó?
«¿Es este el que indómito
«se juzga ¡insensato!
«en todo un retrato
«del Emperador?...

—

«¡Oh pueblos estúpidos!....
«sin fé, sin talento,
«será el instrumento
«que yo esgrimiré:

«¡Y ay de vos! ¡oh Principe!
«que ya mi venganza
«su término alcanza....
«no se irá esta vez.

—

«¿Pensais que á la Eboli
«impune se ofende,
«y que ella no entiende
«de achaques de amor?...
«¡Oh no!... que mis lágrimas
«por vos derramadas,
«serán hoy vengadas
«con llanto y baldon.»

—

Dice, y retirándose
con paso seguro,
traspone del muro
la récia pared;
y luna de Génova
mas clara que el dia,
su falsa alegria
refleja al través.



CAPITULO X.

Los dos amantes y el amigo.

I.

En pós de ardiente dia
la noche apareció de sombras llena;
y con nubes el Cielo encapotado,
de la Luna envolvia
la blanca luz, ya pálida y serena.
De deshecho huracan el ronco acento,
con su feroz rugido,
del mortal soñoliento
viene á inquietar el párpado adormido:
y el trueno en el espacio resonando,
y relumbrante y ciego
el rayo por la atmósfera cruzando,
vá de su ardiente fuego
á las nubes densisimas librando.
En copiosos raudales se dilata
de la ruda tormenta la malicia;
y en corrientes de plata,
que el viento desperdicia,
la furia de las nubes se desata.
Y el cauce de los rios se engrandece:
y el torrente espumoso

que en retiro apartado
se pierde en el silencio, altivo crece
de nuevo alimentado.
Y rueda por la escuálida llanura
aqui y allí corriente caprichosa,
arrastrando en su curso la verdura,
gala del suelo dó nació orgullosa.
Y dentro de las calles con mas brio
las aguas al caer sentir se dejan:
cada calle es un rio,
y las luces reflejan
con vago resplandor su curso frio.

—

Las doce dan de la empinada torre
en la siniestra y lúgubre campana:
uno á uno recorre
cada sonido la estension lejana,
la vibracion postrera
está en los vientos á morir cercana.
De un callejon por el oscuro espacio,
de pocos conocido,
en el gran laberinto del Palacio,
del de Poza seguido
el Principe atraviesa
con ademan cuidoso y prevenido.
Dejemos que ellos sigan su destino,

y la distancia á nuestra vez salvando,
por mas corto camino
al punto de su viaje ora llegando,
podrémos ir lo que haya examinando.

—

Es una estancia gótica
con marmóreas columnas adornada:
del techo suspendida
lámpara caprichosa, los reflejos
despide en torno de su luz perdida.
Riquísimos espejos
en su luna retratan de la estancia
bordadas colgaduras,
y de la ancha cornisa
las doradas y artísticas molduras.
Sobre cojines de brocados y oro,
y en la mano su frente descansando,
una dama su lloro
con finísimo lienzo está enjugando.
Es bella como el angel
que ha de endulzar nuestro postrer momento,
y mas que el aura es puro
de sus labios dulcísimo el aliento.
Sobre su frente cándida y serena
de hondo pesar la huella se retrata;
y la angustiosa pena

que su pecho maltrata
con inclemencia suma,
posó sobre su sien la mano ingrata.
Llanto vierten sus ojos: llanto el alma
tiempo hace que destila gota á gota,
y perdida su calma,
la cadena tambien del sufrimiento
quisiera ver en su delirio rota,
cual término feliz á su tormento.
Aquella alma volcánica engañaron
con ilusion fugaz, encantadora;
la ventura á sus labios acercaron,
y en sed devoradora,
cuando vieron que asirla pretendia,
gozar de aquella dicha la privaron.
Y no terminó aqui su desventura;
fuera al menos consuelo,
aunque leve, perdida tanta gloria,
á su antigua ternura
un altar consagrar en la memoria.
Era fuerza acabar el sacrificio,
y recuerdos ahogando,
impávida mirar el precipicio:
y asi continuamente,
y en el campo, en la mesa, bajo un techo,
haber el fuego ardiente

de sugetar con mano poderosa,
del corazon en el dintel estrecho.
Y si el alma de amor constante late,
¿qué estraño es que gozosa
se rinda humilde en desigual combate?
Una carta leyendo
á la luz de la lámpara, la hermosa
está con avidez, y van cayendo
hilo á hilo del párpado empañado
lágrimas mil, que riegan
el papel perfumado,
y al deslizarse las pupilas ciegan.
—«Sí, partirá: prorrumpe: el pecho mio
«mudo, insensible yacerá un instante;
«el Cielo asi lo quiere,
«y el destino, hoy sombrio,
«quizás le guarde porvenir brillante.»
Gira sobre sus goznes
de aquella estancia la maciza puerta,
y la dama enjugando
con rapidez sus ojos, mira incierta
quien el osado es que en su retiro
viene audaz á turbar su pensamiento.
Dos hombres aparecen: al mirarlos
la dama, con acento
inteligible apenas: «¡Vos, D. Cárlos!.»

esclama.

—«Sí, Isabel; llegó la hora.
«Esta es la vez postrera,
«que al corazon que llora,
«como á la flor el aura placentera,
«bajará vuestra voz consoladora.
«¡Dichoso yo, si en tanta desventura,
«conservais, Isabel, en la memoria
«un recuerdo fugaz de mi ternura!».

LA REYNA.

Partid, D. Cárlos, el deber lo ordena:
lejos de vos, mi alma
en soledad tristísima, serena,
quizás recobre su perdida calma.
Demos pues al olvido
de un insensato amor las dulces horas;
y el corazon henchido
por la gloria jigante de domarle,
salga, oh Príncipe, mas ennoblecido
de este crisol dó vamos á probarle.
Vos ya ni del cariño
sois de Isabel, ni vuestro;
sois del cetro brillante
con que, al lanzar la muerte su guadaña
sobre el Rey D. Felipe,
gobernareis la belicosa España.

Sois de esos pueblos míseros que jimen,
y que algunos menguados
bajo leyes tiránicas oprimen:
ellos en vos cifrada su esperanza
como en astro feliz de un nuevo dia,
tienen de tiempos de mayor bonanza.

El Principe.

Parto, Señora, la feraz pradera
que con aguas prolíficas fecunda
el Rin en su carrera,
muy pronto habrá de verme, y la coyunda
que á la Flandes oprime en rudos lazos,
del Duque de Alba al rostro
con mano audaz arrojaré en pedazos.
Mas al huir de la que fué mi gloria,
y de mi amor primero
el ídolo querido,
dejad que á mi memoria
el recuerdo trayendo lisonjero,
me adormezca con él hoy atrevido...
Es de mi amor, oh Reyna, el bien postrero.
Vos sabeis que volcánico su brio
no pude dominar: que un año y otro,
en ruda pena, en el dolor sombrio,
mi vida se agostaba,
y de este amor al fuego, se gastaba

la sávia juvenil del pecho mio.
Vos sabeis que cinco años de tormento,
que lentamente el alma desgarraron,
ni una voz, ni un acento
de dolor ni de queja me arrancaron.
Isabel, lo confieso, hubo un momento
en que con voz impia,
pues mi angustiosa pena
aun mas que la razon gritaba fuerte,
con delirio fatal busqué la muerte.
Hoy la busco tambien con faz serena;
hoy por romper el yugo
que á pueblos generosos
á un audaz capitan imponer plugo,
con pasos presurosos
marcho á encontrar quizás en mi camino
el hacha enrojecida del verdugo.
Y tranquilo me veis; y la sonrisa
sobre mis labios vaga:
y de la aurora la cercana brisa
al recorrer el perfumado ambiente,
con rápida carrera,
sobre mi alegre y empolvada frente
agitarse verá mi cabellera.
Reina, yo parto de placer henchido
y de pena á la vez: aqui mi alma

queda con vos, de nuestro amor perdido
la desgracia llorad en dulce calma;
y si muerte cruenta
sale mis pasos á estorbar, en tanto
que respirar el corazon yo sienta,
este recuerdo santo
será el iris de paz en la tormenta,
el bálsamo será para mi llanto.
Y cuando en la agonía
mi párpado se cierre macilento,
vuestro será, Isabel, del alma mia
el agitado y postrimer aliento.

LA REYNA.

Partid; ah sí: partid «bañada en lloro
la Reyna esclama.» Aqui vuestra memoria,
Cárlos, gravada queda;
es de este amor el único tesoro.
Partid, partid: brillante la victoria
corone vuestra sien; y peleando
por dar á aquellos pueblos la ventura,
yo quedaré rogando
á Dios, que mi alma vé desde su altura.
Partid, Cárlos, partid: en estas lágrimas,
que profusas empapan mi mejilla,
y en este lienzo con que el llanto enjugo,
recibid de este amor la única prenda

que puede dar la Reyna de Castilla.

El Príncipe.

¡Isabel, Isabel!....

La Reyna.

¡Ah!.... separémonos.

A Dios, Cárlos, adios.

El Príncipe.

A Dios, Señora.

La Reyna.

¿Y vos nada decis, fiel Caballero?

El Marqués.

Dejad, Reyna, que bese vuestra mano.

La Reyna.

A Dios, Marqués, adios: de vos espero
que sereis para Cárlos un hermano.

El Marqués.

Reyna, yo juro sucumbir primero.

—

Y diciendo, salieron de la estancia;
y la Reyna abatida,
sobre el cogin sentada,
dió á sus lágrimas ya libre salida.
De repente en un ángulo apartado
varias lúgubres sombras se dibujan:
un ¡ay! agudo, horrible,
de la Reyna se escapa:

El Rey con ademan dice impasible:
»Temblad» y atravesando
del rico gabinete la ancha puerta,
fueron en pos pasando
el Prelado Espinosa, y luego incierta
en su marcha, una dama,
de espeso velo hasta los pies cubierta.
Todo despareció; la Reyna inmóvil
sobre el cojin riquísimo aun estaba;
y cuando opaca del vecino dia
por Oriente la luz se deslizaba,
inmóvil Isabel allí seguia.

—

II.

Sigue en la noche con furia
desatado el vendabal;
los truenos y los relámpagos
las nubes al desgarrar,
el horror de aquellas horas
aumentan cada vez mas.
El agua, que deslizándose
con abundancia tenaz,
sobre una acera y sobre otra
baja con furia á chocar,
no yá arroyos, sino rios

rápida formando vá.
La luz escasa que arrojan
en moribundo brillar
los faroles, esta noche
oscila muy mas fugaz.
Desiertas calles y plazas;
desierto Madrid está,
y alguna vez tal cual sombra
se vé de priesa cruzar.
Las dos ha dado el relój
en el Alcazar real,
y de aquella inmensa fábrica
de construccion tan audaz,
se vé la puerta maciza
á un embozado franquear.
Hasta las cejas cubierto
con senda capa ó gaban,
en marcha rápida cruza
la plaza cuadrangular.
En pos de él, otros cuatro hombres
salen del Palacio á mas,
y emprenden la misma ruta,
y á paso rápido van.
Cruzan asi varias calles,
sin que un acento á turbar
venga el silencio que guardan

con resolucion tenaz.
De vez en cuando, el primero
sintiendo pasos detras,
se vuelve: pero los otros,
que sus razones tendrán
para ello, se detienen
sin adelante pasar.
Creyendo que de los truenos
el estrépito es quizás,
ó de la lluvia copiosa
el ruido que hace al rodar,
vuelve á emprender su camino:
y los otros con afan,
y con mayor ligereza,
vuelven otra vez á andar.
El trecho que los separa
por grados menguando vá,
y con mayor precaucion
caminan los de detrás.
Llegan de una angosta calle
á la oscura soledad,
y solo yà algunos pasos
entre aquellos hombres hay.
Es allí de los faroles
la luz aun mas desigual,
pues todos casi apagados

ni aun leve reflejo dan,
presentando en aquel sitio
mas densa la oscuridad.
«Vive Dios, que los oidos
«me zumban» se oye esclamar
al primero, y á sus pasos
dá mayor velocidad.
Pero de pronto en su espalda
siente de agudo puñal
la hoja, que deslizándose
viene en el pecho à parar.
«¡*Asesinos*!» grita, y quiere
con muy resuelto ademan
la capa con que se emboza
veloz al suelo tirar.
Lo logra al fin y su espada
fuera de la vaina está,
y su punta, el corazon,
con presteza sin igual,
de uno de los asesinos
en dos partes rompe ya,
cuando de otra puñalada
siente la herida mortal.
Por un momento vacíla;
de su mano antes audáz
el hierro fiel se desprende,

viniendo al suelo á parar.
Los ojos cierra: una nube
cruza por ellos fugaz;
su cuerpo al fin se desploma,
y oye confusas zumbar
estas palabras: «Asi
«los traidores morirán,
«que osaren dentro su pecho
«tales secretos guardar.»
Y del puñal homicida,
dos veces y otras dos mas,
salió humeante la hoja
de aquel corazon leal.
Cerráronse para siempre
sus ojos: su noble faz
cubrió de la muerte lívida
la palidez funeral.
De pronto en la sombra oscura
se vén hachones brillar,
y sus reflejos en torno
disipan la oscuridad.
Los asesinos consigo
llevando al muerto jayan,
empiezan con paso rápido
su camino á desandar.
Avanzan los de las hachas;

llegan al sitio fatal;
«¡Es él!.,» gritan; y al cadaver
llegan la luz con afan;
y del difunto en el pecho,
aunque manchada, brillar
se vé la famosa insignia
de la órden de San Juan.

—

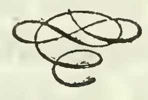
III.

Mientras el Marqués de Poza
sucumbe á hierro traidor;
y sus ojos para siempre
se cierran del claro Sol
á la luz, en el Alcazar
tiene otra escena ocasion.
Sobre su lecho, dormido
yace el Principe español;
su mente alhaga entre sueños
brillante y dulce vision,
y sus labios se sonrien
por esperanzas de amor.
Late su pecho agitado
por placentera ilusion;
y su mejilla cubierta

de sonrosado color,
dibuja tinta suave
de ventura y de pasion.
Arde casi amortiguado
el moribundo fulgor
de bronceada chimenea,
labrada en ancho rincon,
y la lámpara apagandose,
su postrero resplandor
lanza, dejando en tinieblas
la gótica habitacion.
Mudo silencio allí reina,
que de la lluvia el rumor
interrumpe, ó de Don Cárlos
la suave respiracion.
De pronto se abre la puerta,
y del Rey Felipe en pos,
el Cardenal Espinosa
entra, gran Inquisidor.
Precédelos el de Lerma,
noble de altivo blason.
Con ellos marcha el de Feria,
y el Comendador mayor,
y Ruy Gomez, que gozarse
quiere en tan grata ocasion;
y vá Don Diego de Córdoba

con repugnancia y horror.
Penetran del dormitorio
hasta el recinto, y veloz
Don Ruy Gomez, se apodera
de un arquita que encontró,
y donde dicen que están
de horrible conspiracion
los papeles; mas D. Cárlos
al ruido no despertó:
y solo cuando en la almohada
sintió andar, con estupor
abre los ojos, y quédase
sin movimiento, sin voz.
«Señor Cardenal,» el Rey
le dice al Inquisidor:
«ahí os entrego á mi hijo,
«reo de lesa Nacion;
«juzgadle por nuestras leyes
«cual si no existiera yo.»
Entonces el Cardenal:
«Príncipe, daos á prision,»
le dice, «y seguidme al punto.»
—«Dejadme vestir, Señor.»
Y la ropa acomodándose
con movimiento velóz,
una mirada terrible

sobre el Cardenal lanzó.
Pero al ver que le faltaba
la cajita, en que de amor
guardaba prendas queridas,
helósele el corazon,
y palideciendo dijo:
«Señores, ya pronto estoy.»
Y con audaz continente
al de Espinosa siguió,
brillando en aquellos Grandes,
escepto en uno, el dolor,
por haber contribuido
á tan estraña prision.
¡Con cuan distinta esperanza
el Príncipe se durmió...
¡ah! que del hombre los cálculos
sueños quiméricos son!
A la mañana siguiente,
con recelo y con temor,
contábase en todas partes
el asesinato atroz
del Marqués, y de D. Cárlos
la misteriosa prision.



CAPITULO XI.

El Padre y el hijo.

En una estancia reducida y triste,
donde la luz del Sol nunca penetra,
y sus paredes de granito viste
de tosco yeso y de menuda cal:
un joven de mirada ardiente y noble,
de profusa y rizada cabellera,
cual muda estátua de robusto roble,
yace sentado en rústico sitial.

—

Escasas horas en dolor sumido,
que su altivez y esfuerzo domeñaron,
á ese joven ardiente han reducido
de la aurora la luz á maldecir.
Asi su labio trémulo se agita,
y su párpado oscuro gira incierto,
y su frente está pálida, marchita,
y tiembla y se estremece al porvenir.

—

Grosero adorno las paredes cubre,
aqui y alli sin órden, sin cuidado,
y tanto desaliño nos descubre
que es el recinto aquel de una prision:

y las argollas que al macizo muro
fijas están con fuerza allí incrustadas,
para asi sugetarle mas seguro,
del pobre encarcelado lazos son.

—

De tosca mesa sobre el rudo pino,
colocada en rincon lejano, estrecho,
de una luz el reflejo mortecino
se mira entre las sombras deslizar:
y de barras gruesisimas cubierta,
y de doble cerrojo y cerradura,
gime pesada la maciza puerta,
sobre los duros goznes al girar.

—

Aqui yace entregado á sus temores,
y á recuerdos tristísimos, sombrios,
el Principe purgando sus amores,
ó la rabia quizás de una mujer:
y no abriga en su alma una esperanza,
que es su juez implacable, incorruptible;
y nadie su justicia ó su venganza
podrá ni separar ni detener.

—

La verdad ya sin máscara, desnuda,
le presenta á sus ojos un abismo,
sin que pueda alhagar de incierta duda

la mas leve y efímera ilusion:
¡No hay remedio!... las horas de consuelo,
que le brindó en el mundo su cariño,
son un recuerdo mas con que hoy el Cielo
desgarra su afligido corazon.

—

¡Cuan breves á su amor se deslizaron
de aquella gloria los felices dias;
y cuan tristes y rápidas llegaron
las horas de tormento y de dolor!
¡Allí está!... el que pensó con noble pecho,
que lo que el Sol en su carrera alumbra,
era ya á su ambicion límite estrecho,
era imperio mezquino á su valor.

—

¡Oh, que es horrible!.. á inmensa lontananza
dirigir la mirada vaga, incierta,
y un rayo imperceptible de esperanza
no poder en el alma adormecer:
y temblar de los vientos al bramido,
y á los pasos del rudo carcelero,
inquieto el corazon, pronto el oido...
y esperar, y esperar, y padecer..

—

Asi van ya sus fuerzas, su energia,
del tiempo bajo el yugo consumiéndose,

y su orgullo, y su juicio y su alegria,
van muriendo en pos de ellas á compás;
y cuando el alma joven, masa inerte
sin valor y sin fé postrada se halle,
con su aparato lúgubre la muerte,
de aquellas penas se alzará detrás.

—

Hoy de su cruel, de su fatal destino
debe fijarse el término seguro;
hoy de su vida el áspero camino,
de la aurora la luz no alcanzará:
y al sentir en estrechos corredores,
de gente que se acerca, las pisadas,
renuevanse de su alma los dolores,
que entre duda y temor incierta está.

—

Suenan las llaves, el cerrojo cruje,
al correr por las planchas deslizándose,
y del sayon al poderoso empuje,
gira la puerta con fatal rumor;
y de hachones que esparcen luz estraña,
y mas horrible la prision descubre,
Don Felipe segundo, Rey de España,
se divisa en la entrada, al resplandor.

—

Don Cárlos á su vista se estremece,

y la sangre en sus venas arde altiva,
y su dolor y su tormento crece
la comitiva lúgubre al mirar:
pero dió su palabra, y reverente
demandará á su Rey perdon y gracia;
y con tranquila, con serena frente,
fuéle humilde las plantas á besar.

EL PRINCIPE.

Señor, pues tanta es hoy vuestra iudulgencia,
que á consolar venis á un desgraciado,
que vuestro labio, solo de clemencia
gratas voces pronuncie y de perdon.
Un mes en esta carcel, en el suelo
descansando mi cuerpo entumecido,
la inclemencia sufrí del duro hielo...
¡Oh, Señor: que es horrible esta prision!..

—

Vea la luz del sol; vea del dia
el despuntar benéfico y rïente;
respire de la flor la lozanía,
su caliz aromoso al presentar:
oiga el trino sonoro de las aves;
sienta el aire cruzar sobre mis sienes,
y serán para mi dulces, süaves,
los bramidos horrisonos del mar.

—

Señor, aquí me ahogo; aqui mi pecho,
como en escasa y triste sepultura,
late con pesadumbre, que es estrecho
tan breve espacio al alma juvenil:
aqui es un siglo eterno cada hora;
la atmósfera cargada que se aspira,
vá la vida acabando, destructora,
con veneno mortífero y sutil.

—

¡Dadme la libertad!... los anchos mares
cruzaré en breve término, lo juro;
y abandonando los nativos lares,
para siempre de aquí me alejaré.
Donde vos me digais, iré obediente,
sumiso á vuestras órdenes sagradas;...
pero respire al menos otro ambiente,
y vuestro nombre ¡oh Rey! bendeciré.

—

Vos no sabeis, Señor, lo que es del dia
no poder divisar la luz brillante;
y siempre en noche lóbrega y sombría
ver las horas correr con ansiedad;
Vos no sabeis lo que es vivir temiendo,
sin escuchar la voz de un tierno amigo...
¡Ah que si esto es vivir... es bien horrendo!..
¡Dadme, Señor... oh... dadme libertad!..

El Rey.

¿Y cuando en las tinieblas conspirasteis
por arrojarme del Hispano Solio,
Príncipe, responded; jamás pensasteis,
que era un crimen mi enojo provocar?
¿O juzgabais acaso que imprudente
sufriera vuestro crimen, y que iria
desde mi mano el cetro prepotente,
tranquilo entre las vuestras á abdicar?

—

No pensásteis, decidme, que el enojo
de vuestro dueño y vuestro padre á un tiempo,
pudiera castigar tamaño arrojo,
no ya con su capricho, con la Ley?
¿No pensásteis, que débiles los lazos
que á entrambos nos ligaban en el mundo,
rotos por vos en frágiles pedazos,
le arrojábais al rostro á vuestro Rey?

—

¿No pensásteis que al hombre y al Monarca
ofendiais á un tiempo necio y loco,
y que en los Reinos que mi cetro abarca
ha tiempo que la luz no se escondió?
¿No temblabais que alzando la cuchilla,
súbito os deshiciera en breves átomos?...
Sabedlo, pues, en Flandes y en Castilla,

como único Señor aun mando yo.

—

Mas no es solo esto, Principe: liviano
llevásteis vuestra vista á grande altura;
y aunque pudiera vuestro Rey humano
perdonaros la audáz conjuracion;
no asi, Principe, el noble caballero
puede dejar su nombre mancillado...
no me es dado con vos cruzar mi acero;...
las leyes juzgarán vuestra pasion.

El Principe.

Señor, piedad; si vuestro justo enojo
desvanecer pudiera con mis lágrimas,
tantas vertiera, oh Rey, que de mi arrojo
ni escasa huella se mirára en pos:
mas vuestro honor es puro como el dia;
como el aura al nacer por el Oriente;
locura fué, Señor, la pasion mia...
está sin mancha: júrolo ante Dios.

—

El Rey.

¡Sacrílego, callad!... no asi del Cielo
la cólera irriteis: ¿pensais acaso
que estátua fria de inmovible hielo,
vuestra dulce entrevista no escuché?...

El Principe.

Señor, soy vuestra sangre.

El Rey.

Está manchada;
y cuando corra por mis propias venas,
por veneno letal inficionada,
de mis venas audaz la arrancaré.

—

El Principe.

No mas rogar: acabe el fingimiento;
si á vuestros pies me visteis hoy postrado,
fué porque en tierno y angustiado acento,
que lo hiciera una hermosa me rogó.
Sé ya hace tiempo mi terrible suerte;
sé que de un juicio con la falsa máscara,
vengareis vuestros celos con mi muerte:
venga á buscarme.... no la tiemblo, no.

—

Pero antes de caer só la cuchilla,
que amenaza inclemente mi garganta,
oireis mi voz, Monarca de Castilla,
sin engaño, sin dolo, sin ficcion.
Fué mi primer amor; vos ambicioso
me robásteis mi gloria, mi ventura;
y el nombre que la disteis de su esposo
vino á rasgar mi pobre corazon.

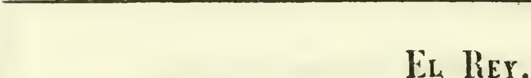
Pero hay un Dios inmenso, incomprensible,
y cinco años continuos de tormento,
en época mas grata y bonancible
trocados de repente los miré.
Tuve un amor, y vos me le robásteis;
tuve un amigo generoso y noble,
y con hierro cobarde le matásteis....
este por mi vuestro desvelo fué.

—

Yo la amé con delirio: como al sueño
ama el mortal de penas agoviado;
y porque erais de España altivo dueño,
no dudásteis mi amor envenenar:
pues bien, sabedlo, la amo todavia,
porque escuchó mis ruegos apiadada;
y aqui en el corazon, la pasion mia,
á su memoria levantó un altar.

—

¡Cinco años hé sufrido!.. á vos os toca
padecer de los celos el tormento:
la victima á su vez hoy os provoca;
hacedla en las tinieblas sucumbir.
Nada espero, lo sé: nada me importa
de vuestro enojo cruel, oh Rey, la ira:
la muerte hará mi angustia muy mas corta,
y tranquilo y alegre iré á morir.



El Rey.

»Principe, basta ya.... pronto, llevadle»....
dijo llamando á los esbirros tétricos;
«cual vasallo rebelde sugetadle....
«respondereis al Santo Tribunal.»

El Principe.

Y vos respondereis tambien un dia
de mi muerte ante Dios; y vuestro padre
cuenta saldrá á pedir de la falsia
que de su trono le arrojó imperial.

—

—«Basta ya» dijo el Rey; furioso, altivo,
el Príncipe siguió á sus carceleros;
y continuó el Monarca: «por Dios vivo
«que me lastima el alma su dolor.
«Mas él lo quiso; su fatal malicia
«vine dispuesto á perdonar benéfico;
«pero ya no hay perdon; de tu justicia
«sienta el golpe terrífico, Señor.»

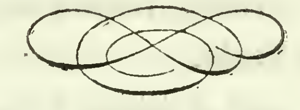
—

Asi con ronca voz, Felipe dijo;
y reverente, humilde alli postrándose
ante un tosco y ahumado crucifijo,
oró en recogimiento singular.
Cuando dejó de estar al fin de hinojos,
y á salir de la estancia se aprestaba,

se le vió con un lienzo entrambos ojos,
de lágrimas copiosas enjugar.

—

Al fin, de la prision veloz se aleja,
y la luz cada vez menos distintos
sus resplandores pálidos refleja
sobre la tosca cruz del hombre Dios:
Y las puertas de nuevo ora volviéndose;
y el ruido de los pasos apagándose,
por grados insensibles van perdiéndose
la luz y el ruido, del Monarca en pós.



CAPITULO XII.

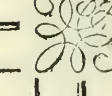
La Reina Isabel.-Conclusion.

Dos meses han pasado:
ya del cierzo irritado
al bramido violento
queda el árbol robusto deshojado.
Es de Octubre el tercero y triste dia:
el Cielo está de nubes encubierto,
y contra el aura destemplada y fria
búscase en el hogar seguro puerto.
Sobre su lecho de dolor postrada,
por recuerdos amantes adormida,
con su fatal destino resignada,
la Reyna está contando
las postrimeras horas de su vida.
Es un dolor profundo el que la aqueja:
todo en su derredor respira luto,
y lágrimas y duelo:
en su florida edad el mundo deja,
y con párpado enjuto,
del corazon que gime
no se escuchó ni imperceptible queja.
Con efusion, con fé, con esperanza,
y con ojo sereno
mide del porvenir la lontananza,

y con el pecho de ilusiones lleno,
al *más allá* de la existencia avanza:
y el inmenso vacio
que sondear á los hombres no fué dado,
pierde su aspecto humbrio
ante aquel corazon enamorado.
Alli la aguarda el que cayó violento
de venganza crüel al golpe duro;
y el hondo sentimiento
que inflecsible los hombres condenaron,
tal vez se juzgue religioso y puro.
Tal vez allí, del mundo
desatados los lazos,
con júbilo profundo,
pueda, de un bien querido,
volar el alma á los amantes brazos.
Y solos, sin respeto
al ojo suspicaz del cortesano,
por ilusion dulcísima mecido
el joven corazon, el sufrimiento
relegue para siempre en el olvido.
Ese es hoy de la Reyna el pensamiento:
«*Hay mas allá*» su religion le dice:
y libre de dolor, de pena y susto,
su destino bendice,
que en breves horas al jardin florido

la arrastrará de la mansion del justo.
Un solo pensamiento la avasalla
en el postrero dia
que esperaba cruzar dulce y sereno:
mudo su labio calla,
y de su amor la prenda
que gozosa sentia,
hoy yace inmóvil en su amante seno.
A femenil venganza
tambien ella cayó: y un golpe solo
sumergió en el sepulcro
con malicia y con dolo,
á la madre infeliz, y al tierno fruto,
víctimas ambos de rencor insano.
La Reyna su pasion allí espiaba;
ni una voz cariñosa
sus últimos momentos endulzaba,
pues en su oido «¡criminal esposa!»..
era el único acento que sonaba.
De repente la puerta
se abre al violento empuje
de mano audaz; y con la vista incierta,
de una dama que sedas y oro cruje,
á los pasos la Reyna se despierta.
Pálida, funeral, de una hermosura
se destaca altanera

la vacilante y tétrica figura.
Suelta al aire la blonda cabellera,
errante su pupila,
de aquella estancia al lúgubre silencio,
aqui y allí sin direccion vacila.
De hondo dolor en su marchita frente
la huella está estampada;
y de su corazon la llama ardiente
sobre su rostro lívido lanzada,
se ostenta en su frenética mirada.
Fíjala al fin sobre el revuelto lecho,
donde yace la Reyna de Castilla,
y al intenso dolor que despiadado
rompiendo está su pecho,
la frente audaz humilla,
y su rencor domado,
dobla ante aquella tumba la rodilla.
—«¡Reyna, Reyna, perdon!.. gritó violenta;
«yo tu verdugo soy, yo con villano
«labio, la rabia provoqué cruenta
«de ese Rey inhumano....
«¡Perdon, perdon! el sufrimiento mio
«que el alma me desgarra,
«es de mi crimen inaudito, impio,
«continuo torcedor: aqui con fuerte
«y con terrible mano, mas sombrio



«hace mi padecer, que si se alzára
«ante mis ojos tétrica la muerte.

LA REYNA.

Dejadme reposar, muy breves horas
me quedan de existencia:
dejadme que las goce encantadoras,
y de un Eden que crueles me robaron,
las mire en otro mundo precursoras.

LA PRINCESA.

¡Ah no!... de mi tormento
venga á aliviarme vuestro dulce labio:
ved que el remordimiento
despierta y en ensueños me tortura:
¡yo labré vuestro agravio:
yo labré vuestra eterna desventura!....

LA REYNA.

Dejadme ya, Princesa: de este mundo
todo ya desparece ante mis ojos;
fué mi vida un camino
sembrado de malezas y de abrojos:
ya acaba mi destino:
ya mi única esperanza
de Dios se cifra en el amor divino.
Yo á padecer viví: las pocas flores
que débiles nacieron,
al soplo abrasador de mis amores

en la nada del tiempo se perdieron,
y abundantes se alzaron
de sus cenizas, penas y dolores.
¡Ya no son!... mas terribles marchitaron
la esperanza que un dia
dentro del corazon nació brillante;
y hoy que de la agonia
sintiendo estoy el dardo penetrante,
cobran su lozania
de mi martirio en el supremo instante.

La Princesa.

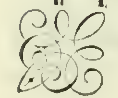
¡Ah, Reyna; que ese acento
como un puñal agudo aqui se clava,
y mas duro y violento
hace el suplicio horrible
que sin piedad con mi razon acaba.
¡Perdon, Reyna, perdon!... á vuestras plantas
mis maldades hoy lloro;
vuestras palabras santas,
cual bálsamo á mi alma las imploro!....
Yo le amé, oh Reyna; desdeñoso, altivo,
mi súplica amorosa rechazando
con ademan esquivo,
fué el alma desgarrando,
y una por una, de mi amante pecho
las ilusiones todas arrancando.

Una empero abrigaba:
del porvenir en mi feliz estrella
imbécil confiaba,
sin advertir que á embarazar mi huella
la imagen de Isabel se levantaba.
Reina, yo os escuché. De mi martirio
creció la llama, y diques ni respeto
conoció desde entonces mi delirio:
otra gozaba de su amor la palma;
otra con mano impia
vino á arrancar del alma
la última flor de la esperanza mia.
Juré vengarme, oh Reyna, y me he vengado:
y ese placer que rápido y sereno
esperaba gozar, ha derramado
dentro del corazon letal veneno.
El me abrasa, me mata, me aniquila;
y cuando al blando sueño
se cierra fatigada mi pupila;
y cuando de otro dueño
descanso entre los brazos agitada,
me persigue, Isabel, con mas empeño.
¡Ah, que vos no sabeis todo el delito!
vos no sabeis, oh Reyna,
que arrastrada de amor por la ira loca,
por un fuego maldito,

tornado ya mi pecho en dura roca,
nada se opuso á mi furor precito.
¡Yo al Principe maté!.... de vuestros lazos
convertí la cadena,
con mis manos, en frágiles pedazos.
De rencor y de ódio el alma llena
yo me arrojé del Rey entre los brazos,
sin placer, sin dolor, sin fé, sin pena.
¿Qué faltaba al impio,
al rencor infernal del pecho mio?
Un paso nada mas, uno tan solo,
y lograba completa mi venganza;
era fuerza arrojar en ella el dolo
para inclinar ligera la balanza;
pues bien, no vacilé: con alma fiera
el término toqué de mi carrera;
y en esa Corte, que la vida enluta,
vuestra lozana y fresca primavera
miré agostarse con pupila enjuta.
Todo cede ante mi; mas hoy tornando
del vértigo fatal que me estravia,
héme ante vos llorando,
héme en vuestra agonia
perdon humilde, oh Reyna, demandando.

LA REYNA.

Callad, callad, Princesa; no á mi oido



traigas esa memoria,
dulce recuerdo de mi amor perdido.
Pasó, pasó la gloria
de ese cariño que la vida encanta,
y solo de la muerte ante mis ojos
la fatídica sombra se levanta:
dejadme, pues, que en calma,
á Dios que me la dió rinda mi alma.

La Princesa.

¡Perdon, Reyna, perdon!... de las bondades
no me hagais que yo dude del Altísimo...
perdon á mis maldades...

La Reyna.

Siento un fuego agudísimo
que vá mis venas rápido quemando...
¡Oh, cuan horrible y fiero
es este ardor!.. ¿No ois?.. ¡me está llamando!..
Decid al Rey que muero
perdonando su error ó su falsía:
pero ¡ay! si justiciero,
de la muerte del Príncipe y la mia,
y del angel que llevo en mis entrañas,
Dios le pidiese cuentas en su dia!....

La Princesa.

¡Perdon, perdon!...

La Reyna.

Y vos, que ora triunfante
de Felipe moveis á vuestro antojo
el alma de diamante:
¡ay de vos si su enojo
llegais á provocar; la tumba fria
no será á su rencor puerto bastante!...

La Princesa.

¡Por piedad, perdonadme!... ved mi llanto:
mitigue mi martirio vuestro encono:
¡Isabel, compasion!... ved que mis fuerzas
van por grados gastándose!....

La Reyna.

Os perdono!....

La Princesa.

¡Gracias, gracias!...

La Reyna.

¿Acaso el pecho mio
fué mas fuerte que el vuestro? ¿En esta lucha,
que lágrimas y sangre vá dejando,
desplegué en mi defensa yo mas brio?
¿Mas no le ois que con acento blando
me llama á si......

La Princesa.

¡Señora!....

La Reyna.

Vos á mis pies, oh Principe, llorando!...
¡Donde estoy!... este fuego... me consume...
es un volcan violento...
que penetrar hasta mis huesos siento!...
¡Allí está!.... Santo Dios.... es la agonía...
Señor.... Señor.... recibe el alma mia!....

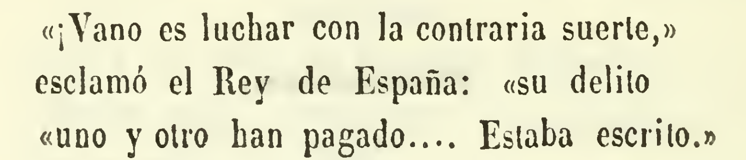
—

Dijo la Reyna y espiró. Postrada
al pie del lecho, muda,
con la pupila incierta,
por el dolor el alma desgarrada,
la Princesa está yerta;
y en su ademan, y en su faz sombria,
de los remordimientos roedores,
con su mano tardia,
vino á estampar el tiempo los rigores.
Un ¡ay! agudo, horrible,
de su pecho saliendo,
de aquel dolor terrible
es la única espresion; y sucumbiendo
al interior combate,
sobre el suelo cayó, muda, insensible.

—

Conclusion.

Asi murió en su verde primavera
Isabel de Valois, que en hermosura
fué en Europa, en el mundo tan primera
cual fué en la desventura.
Del Principe la suerte
algun tiempo velada por la sombra
estuvo, mas despues aun de su muerte
al causante se nombra.
Hay quien dice, que loco
su fin en las prisiones anhelando,
sucumbió poco á poco.
Dicen otros, que altivo desgarrando
sus venas con violencia,
de su padre inclemente
cumplió desesperado la sentencia. (5)
Cuando al sepulcro frio,
del que fué su heredero
y vió agostado en flor su noble brio,
el féretro llevaban:
y cuando de su esposa
supo despues la muerte,
en tan temprana edad; con faz llorosa:


«¡Vano es luchar con la contraria suerte,»
esclamó el Rey de España: «su delito
«uno y otro han pagado.... Estaba escrito.»





NOTAS.

(1) *Ajustadas ya las bases del tratado de Chateau Cambresis, una de las cuales era el casamiento de D. Carlos con la Princesa Isabel, hija de Enrique II de Francia, murió Maria de Inglaterra, esposa de Felipe II, y este pidió entonces y obtuvo para si la esposa destinada para su hijo.*

(2) *En la fecha en que se celebraron los desposorios difieren tambien los autores: unos dicen que fué el 31 de Enero: otros el 1.º de Febrero de 1560 y otros no fijan dia.—Hemos admitido el dato mas acreditado.*

(3) *Para escribir todo este cuadro he tenido presentes algunas líneas de un M. S. que existía en un Monasterio de la provincia de Burgos.*

(4) *Dicho històrico.*

(5) *Difícil fuera fijar con certeza el genero de muerte á que sucumbiò el infortunado Príncipe Don Cárlos. Todos los autores difieren en este punto. Unos aseguran que fué entregado á la Inquisicion, y que este tribunal le juzgò. Otros que encerrado en un calabozo (y esto es lo mas admitido) se entregò sin rienda á los desvarios de su estraviado juicio, bebiendo agua de nieve á todas horas, comiendo fruta verde, durmiendo sobre hielo, andando desnudo y descalzo por el frio pavimento, de resultas de lo cual contrajo una maligna calentura que le condujo al sepulcro. Otros dicen que sentenciado á muerte y firmada la sentencia por su padre, fué ejecutada ahorcandole con un cordon de seda, segun unos; y abriendole las venas en un baño caliente, segun otros. En lo que convienen todos los autores es en el caracter desasosegado é inquieto del Príncipe, en sus proyectos de fuga para ponerse á la cabeza de los revoltosos de Flandes; y aunque muchos callan sobre este punto, resaltan bastantes indicios de los hechos, y de la premadura y misteriosa muerte de la Reina Isabel, para suponer que su corazon no fué insensible á la pasion del Príncipe, y que quizas tuviera esta alguna parte en el lastimoso fin de entrambos.*



INDICE.

Primera parte.

Segunda parte.

Tercera parte.

